

EL Ruedo

2  
Plas.



Juan Belmonte

(Cuadro de Vázquez Díaz)



Joaquín Rodríguez, Costillares

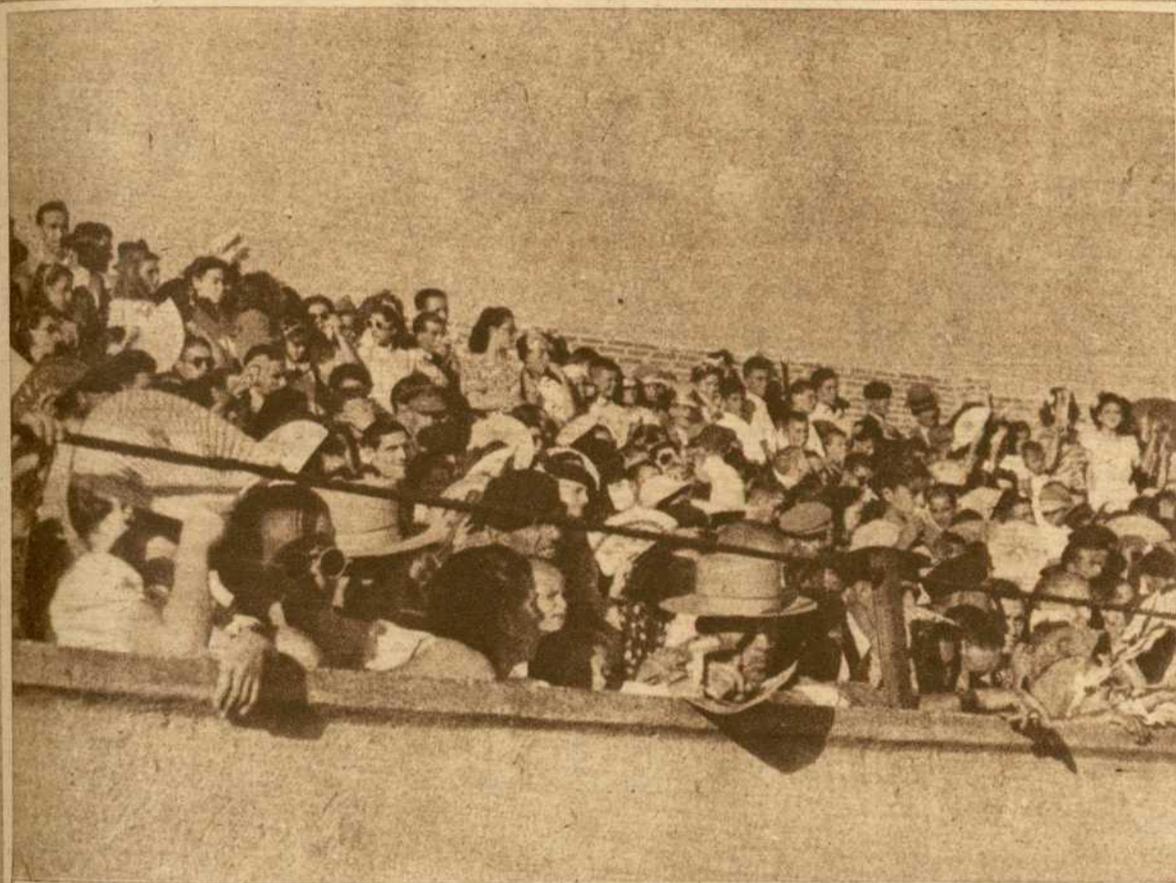


# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III-Madrid, 29 de agosto de 1946-N.º 114



**E**N esta época del año todos los pueblos tienen su feria, y todas las ferias su corrida de toros.

El sudor ha cuajado en gavillas de oro que se amontonan en las eras; las parejas de mulas se van a renovar para la arada y la siembra del año próximo; los olivos han convertido ya la trama en aceituna, y de las cepas se aguarda una sangría amplia que llene botas y tinajas con el mosto hirviente...

Ha llegado la hora de descansar un poco de la tarea diaria, y el pueblo hace su fiesta. Una fiesta que nace siempre bajo la advocación del nombre de una Virgen; que se anuncia con ruido de pólvora; que atardece con la sangrienta lucha del hombre con el toro, y termina con canciones de ronda ante las puertas de las mozas...

¡Primitivismo bello que Dios conserve para bien de la raza, llena de virtud recia y de carácter insobornable! Por la mañana, estampidos de tracas y cohetes nos hacen recordar el estallido de un polvorín; luego, el chaparrón de luz de la procesión —con las casullas brillando al sol, las luces de los cirios empalidecidas por lo crudo de la luz del día, las cabezas rapadas y los cuellos tostados y duros en doble fila de procesionistas...—. Más tarde, el yantar pantagruélico, a la española, con vino recio y áspero, pan moreno y sabroso, y la clásica olla o el cocido tradicional. Y a la atardecida, el desfile hacia la placita, blanca de cal y roja de tejadillos, donde toreros venidos de Madrid se las han de ver con unas bravas reses de prestigiosa ganadería...

La Plaza es una sinfonía cromática y una polifonía de gritos, voces, diálogos y risas. Lo de menos, acaso, es lo que ocurre abajo, sobre la calcinada arena del redondel, por el que vuelan los vilanos que el viento trae de las próximas eras.

Se está de fiesta, ¿no? ¡Pues entonces...! Allá los torerillos con su conciencia profesional y con las posibilidades de su arte. En el pueblo, de lo que se trata es de ofender a Ceres la alegría de la cosecha ubérrima y de dar gracias a la Virgen porque ha llegado la hora de recoger el fruto, y el fruto viene bien granado y va a llenar los trojes.

Mientras, en la Plaza, un torero se esfuerza en lidiar a un toro con la misma afición y el propio anhelo que puso el labrador cuando lidió afanosamente, durante todo el año, las plagas, las tormentas, las heladas, la sequía y el cierzo...

# PREGON DE TOROS

Por Antonio Valencia



UNA de las características más recientes de la Plaza de Madrid, es el acusado sentido patrimonial con que el público contempla las faenas de muleta. Todos la quieren para sí, o sea, que se desarrolle bajo el punto preciso del tendido en que cada quisque tiene su asiento. El que más y el que menos protesta, a veces, cuando un peón quiere llevarse el toro a otro sector, como si sintiese merchado su peculio de modo abusivo. Esto no ocurre

durante el primer tercio, ni mucho menos en el segundo; pero al llegar al tercero, se despierta un sentido de propiedad que sirve de exactísimo barómetro para señalar que, hoy por hoy, la fiesta de los toros se reduce en el aprecio general a sus faenas de muleta, siendo el resto entreacto o escenas de relleno, de esas que los comediógrafos suelen confiar ora a unos criados parlancines, ora a las visitas familiares.

Yo no sé por qué se ha escapado a comentaristas de más agudo ingenio que el cronista, la fuerte semejanza que ofrece en tal momento la Plaza con el artificio de la ruleta. Igual forma circular y una compartimentación en diez sectores. El toro es la bola que corre aquí y allá y que durante las fatigas de los banderilleros parece que diese los últimos locos saltos. La semejanza sería completa si en aquel instante, el presidente, por sí o por medio de alguacillos, dijese ritualmente:

—Señores aficionados, no va más.

Y unos segundos después:

—El ocho, de sol y sombra, par y pasa.

Sólo así se explicaría la furia de los del ocho, cuando el peón de confianza quiere llevarse al toro sobre el punto del ruedo que ha señalado el espada, como se explicaría la indignación de un «punto» a quien escamoteasen un «pleno». De otra manera, la convicción, apoyada por bullanga y pataleo, de los que consideran que la faena se les debe cercana, porque el toro ha dado por azar bajo sus narices, tiene una justificación un tanto difícil. No digamos tampoco nada de los consejos en los días, un tanto frecuentes, en que la arena de las Ventas se ve azotada por el viento:

—¡Aquí! ¡En el cuatro!

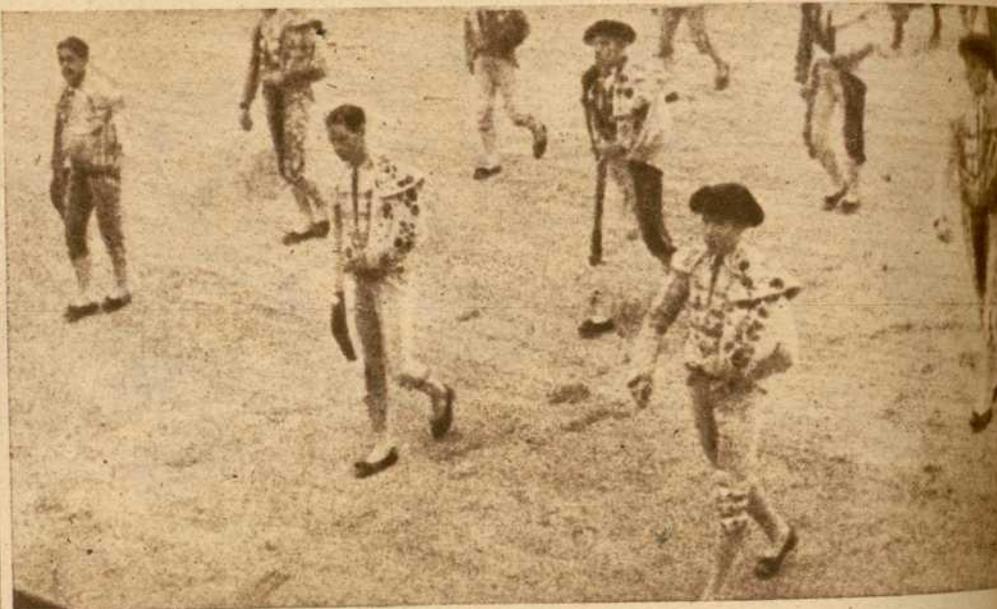
Vamos a dejarlo todo al espada, ¿no les parece? Bien es verdad que sobre la razón de las querencias y sitios precisos, priva una cierta suerte de rutina que les hace a todos imaginar que el principio ideal de faena es comenzar haciendo la estatua por tres veces en los terrenos del diez. Quizá exageren esto un poco; pero no hay duda que la tendencia general es correcta, si nos atenemos a la colocación de los chiqueros, de la pelea normal de varas y de la colocación de los diestros. Un poco más de sentido y menos de ruleta, juego nefando y prohibidísimo, estaría más en su punto.



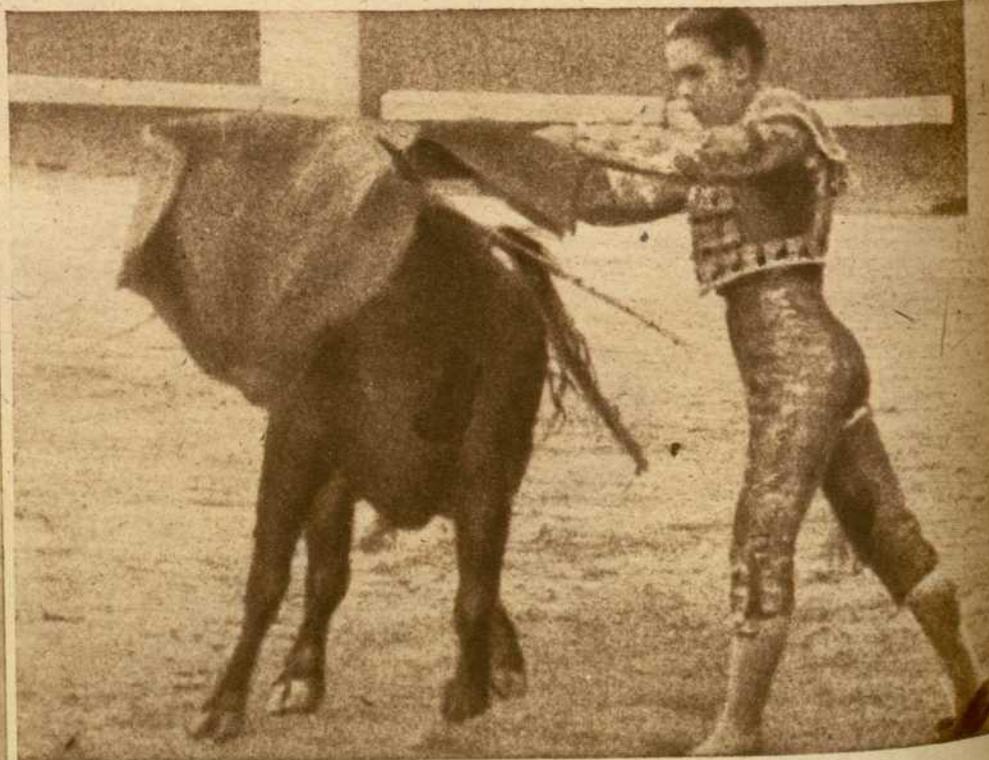
# El domingo en Madrid



De izquierda a derecha: Belmonteño, José Antonio Mora y Pericás



Los matadores, al frente de las cuadrillas, hacen el pasaje



José Antonio Mora muleteando a su primero (Fots. Zarkhijo)

## Novillos de Eugenio Marín para Pericás, José Antonio Mora y Belmonteño



El mejicano Mora saluda sonriente al debutante Belmonteño



Un buen muletazo de Pericás a su primer enemigo



Belmonteño rematando un quite

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

### EL GANADO DIO LA PAUTA

Las novilladas del jueves y del domingo estuvieron cortadas por un mismo patrón. Expectación, buenas entradas y ganado que ofreció dificultades al lucimiento general. En este apartado dieron el mismo rendimiento los novillos salmantinos de Sanchón que los jiennenses de Marín, con la coincidencia de que ambos lotes tuvieron que parchearse con un sobrero de Escudero. El pretexto que sirvió para retirar al de Sanchón fué la cojera, aunque en realidad fué su tamaño insignificante. El de Marín ya era cojo descarado, aunque tampoco muy grande.



Los novillos de Sanchón equivocaban más, porque en el primer tercio embestían con alegría; pero al llegar a la muleta estaban francamente cobardones y con media arrancada. Los de Marín, más flojos, se quedaban desde la segunda vara, huyendo luego la pelea y reculando lo que podían. Estas características dieron tono, y no alegre, a las dos novilladas. La equivocación de los de Sanchón dió lugar a un percance, leve por fortuna, al cabeza de terna del jueves, que lo era Ramón Arasa. Este se encontró con el novillo pegado en tablas del tres, y con arrancada de manso. El público se impacientó, porque tenía a la vista sus alegrías en los quites, y empujó al muchacho a arrimarse llamándose a engallo. El novillo hizo una arrancada al bulto y se llevaron conmocionado al lidiador, casi inédito, a no ser por un quite que se ovacionó.

La novillada varió de cauce. Antonio Caro luchó con voluntad, pero el lucimiento no se le dió fácil. Estuvo enterado, compuesto de más a menos, porque el aburrimento, como a casi todos, le pesó al final. Y el sevillano González calzó menos puntos que en su presentación. Más afán por el lance o medio lance hecho, ratificación de que habrá de pasar entero el invierno practicando el descabello en el Matadero de Sevilla. En fin, que no pudieron remontar el tono que impuso el ganado.

Y el domingo tampoco, si salvamos a Pericás en la faena del cuarto y a que Belmonteño estuvo aseado y justo con la muleta. El ganado era más flojo, reculón y de menos casta. Pericás había comenzado mal; pero se compuso después para hacer cosas muy buenas en su segundo novillo. A mí me gustaron mucho los pases que sacó, más que por su porfía valerosa, por cómo resolvía la embestida con pases largos, enteros y rematados con mando y buen arte. Fué lo mejor de la corrida, aunque la emoción y los rugidos acompasasen la labor del mejicano Mora, con el capote en la mano, en el segundo de la tarde. Faroles emocionantes de rodillas, recortes, gaoneras más valerosas que limpias, prepararon al público para una continuación con la flámula, que no llegó. El mejicano muleteó con precauciones y sin mando sus dos toros, y apenas si resurgió en unos pases al quinto —uno bueno— y capoteando a la espalda un par de veces más.

El debutante Belmonteño, nombre al parecer fuerte en la novillería de hoy, no gustó con el capote. Ni en las verónicas, rígidas, rápidas y con poco juego en la mano contraria; ni por gaoneras, ni en un quite a la espalda de su invención. Con la muleta fué otra cosa distinta. Sereno, casi con afectación, supo no perder la cara a sus enemigos, trasteándolos con justeza, luchando con la querencia en tablas del sobrero y matando pronto y certero.

EL CACHETERO

# A VISTA DE TENDIDO

## La espectadora gorda y sensible, el espectador vociferante y algunas otras cosas

Que calor debe pasar dentro de ese armatoste el hombre de la botella! dice la espectadora gorda y sensible, que desde el mirador del tendido y antes de empezar la novillada empieza a hacer sus comentarios en voz muy alta, para que le oiga todo el mundo. Durante el curso de la lidia no cesará ya de hacer frases compasivas: "¡Infelices toreros!... ¡Desgraciados caballos!... ¡Pobre toro!..." Se advierte que la señora gorda tiene muy buen corazón, y además se da mucho aire con su gran abanico, y los compañeros de fila, y los de abajo, y los de arriba, disfrutan de ese oro generoso que ella reparte prodigamente, como si convidara a refrescar con limonada de viento.

Aquí están también los espectadores del topicazo: el que descubre que "esta fiesta es la única que empieza a la hora en punto", y el que mientras se enciende el pasadizo explica quiénes son los toreros: el moreno es Mora, el jovencito es Pericás y el desgarrado y alto es Belmonteño, "que tiene cierto parecido en el tipo a Manolete".

Los pregones y la música se apagan de pronto para encenderse las acotaciones del público. Hay un señor que está muy preocupado, porque en todas las corridas "sacan" a un viejo peón con cara de dolor de estómago, "que es más malo que la quina". "Y ¿saben ustedes por qué?" —pregunta, malicioso, el caballero. Deja luego una pausa de expectación, da una chupada al puro y, guiñando un ojo, confiesa: "Pues porque tiene un hermano en la Empresa." Luego la toma con el viejo: "¡Pareces el amo del ruedo!... ¡Mandas más que los maestros!... ¡Torea con una mano y a punta de capote, en lugar de dar tantos mantazos!" El peón viejo sólo consigue colocar medio par, y el espectador gruñón se desata: "¡Maleta, más que

maleta, baúl!..." Al viejo peón se le cae el capote y el puntillero se lo recoge, lo que colma la indignación del vociferante: "¿Lo ven ustedes?... Como su hermanito está en la Empresa, el viejo tiene ayuda de cámara. Qué vergüenza!"

Al fin, abandona su obsesión para encararse con el primer novillo: "¿Para qué sacarán estos chotos?... Está tuberculoso... Se cae... No puede con el rabo..." Pericás desata sus iras porque no hace nada con su primero. Y asegura que en su segundo el que torea es el novillo, lo cual no es del todo cierto, pero algo hay de verdad. Belmonteño, desangelado y soso, hace, sin embargo, cosas de buen

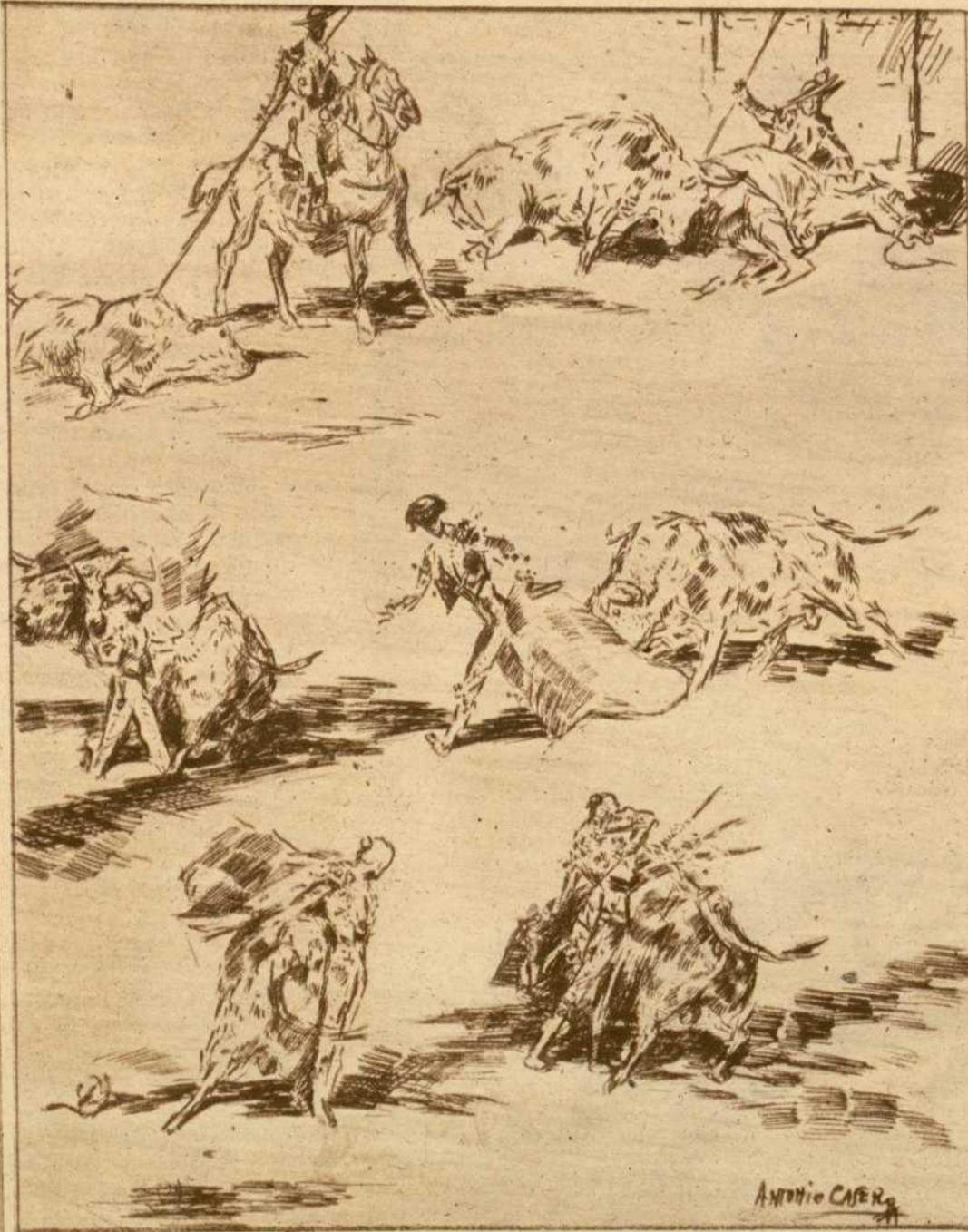
torero: se coloca, entiende y conoce; pero, como dicen los cronistas serios, "no tiene suerte con el lote". Mora entusiasma a nuestro espectador vociferante porque "le echa valor". Como el novillo ha rasgado al diestro la taleguilla, tocan a matar mientras le están cosiendo al espada el traje en el callejón, y con ese motivo hay unos minutos de descanso, que el caballero hablador aprovecha para elogiar lo buen peón que es Orteguita y su elástica y eficaz colocación de banderillas, "a pesar —dice— de esos colores tan agrios que tienen sus vestidos de torear".

Cuando Mora cubre su taleguilla rota con un pantalón de "mono", el hombre chillón se siente feliz y ríe. En seguida surge la inevitable comparación con Cantinflas; pero reconociendo que "le sigue echando valor". Mientras tanto, la espectadora gorda y sensible toma un helado y continúa con sus comentarios compasivos: "¡Ha y que ver!... ¡Qué lástima da cuando se les rompe el traje o se les rasgan los capotes! ¡Con lo caro que cuestan!... ¿Qué le ha pasado en la mano a Pericás? ¿Se ha cortado con el estoque? ¡Pobrecillo! Se va a desangrar... ¿Por qué no lo curan en seguida?..."

Decididamente, no estamos disfrutando una tarde silenciosa. Por si fuera poco, otro vecino de localidad observa que tomo notas y me pregunta: "¿Escribe usted para alguna revista?" Le digo que sí, y contesta: "Pero también hace usted algo para una revista de Obras Públicas, ¿verdad?" Respondo: "Todavía, no, señor." Y entonces pone un gesto de duda y confiesa: "Pues yo a usted le conozco de algo." "Será de venir a ver los toros." "No, eso no, porque yo no vengo casi nunca." Unos "graciosos" cantan a coro en las localidades altas. El último novillo se ha entablado. Y se acabó.

## EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid, por ANTONIO CASERO



¿Lo dejo o lo mato? Mientras el novillo cornea el peto del jameigo, parece decir el primero: «Ahi me las den todas». — José Antonio Mora taroleando rodilla en tierra. — Orteguita corriendo muy bien al quinto toro. — Dos momentos de Pericás en su segundo toro

A. MARQUERIE

# EN LOS DIAS DE LA COMPETENCIA ENTRE FRASCUELO Y LAGARTIJO, EL ESCRITOR ERA FRASCUELISTA

## GUERRITA ha sido para mí el torero más completo

Don Jacinto Benavente ha cumplido hace unos días sus ochenta años. Alcanzó, por tanto, en su infancia y su mocedad una época taurina que a los aficionados de hoy, formados en otro ambiente y en otro estilo de torero, les es totalmente ajena. Frascuelo, Lagartijo, Bocanegra... Es de un gran interés oír hablar a don Jacinto de los toreros de hace sesenta y hace setenta años. El escritor tiene una prodigiosa memoria, y en sus labios el recuerdo surge con nitidez y precisión admirables. Ni siquiera se le ha olvidado —y él tenía entonces tres o cuatro años— el color de los trajes que llevaban los matadores en la primera corrida que vió.

— Aquella primera corrida —recuerda— fue en la Plaza no vieja, sino viejísima; la que estaba a la izquierda de la Puerta de Alcalá. Era baja, blanqueada en su exterior. El desolladero de los toros estaba fuera, en unos desmontes. Los días de corrida acudían muchos curiosos a ver desollar las reses. Y por el estado de la piel —huellas de las puyas, de las banderillas, del estoque — deducían el grado de bravura del toro.

—¿Era usted muy niño cuando vió aquella primera corrida?

—Sí. Tenía mis buenos tres o cuatro años. No me di, claro, cabal cuenta de lo que vi. Recuerdo, sin embargo, que torearon Cayetano Sanz y Frascuelo. Aquel vestía de verde y plata; este, de grana y oro. Cayetano era alto, corpulento, con patillas. Ni del toro de él ni del de Frascuelo, en aquella tarde, puedo recordar nada. Hubo, eso sí, que suspender la corrida por un violento chaparrón. Sé que se torearon Veraguas de una estampa verdaderamente hermosa.

—¿Continuó usted yendo a los toros?

—Volví algunas veces. Me llevaban, sobre todo, a ver una especie de mojigangas taurinas, espectáculo que luego desapareció, para volver más tarde con las charlotadas de nuestro siglo. Había entre aquellas mojigangas la del doctor y el enfermo, otra de moros e indios, la de los leones enjaulados.

—¿Qué toreros alcanzó usted, don Jacinto?

—Aquel tiempo era el de un grupo de toreros viejos que se iban y otro de toreros que empezaban. Recuerdo, entre los antiguos espadas, a Regatero, Bocanegra, Manuel Domínguez, Desperdicios... Tras mi primer asomar a la fiesta, no volví a corridas importantes hasta las que se celebraron con ocasión de grandes acontecimientos: la vuelta de Alfonso XII, la terminación de la guerra carlista, la boda del rey con la infanta Mercedes.

—¿Que otros espadas vió usted?

—A un hijo de Cúchares, especializado en el golleteo. El público le abroncaba frecuentemente; mas él no se alteraba. «No sé por qué protestan —decía—; he dado donde apunté.» Mas aquellas ruidosas broncas populares acababan siempre en el perdón al diestro. Tenía el hijo de Cúchares una excelente planta de torero. Su cabeza era muy grande, y necesitaba por esto llevar una montera de gran tamaño. Una montera que a mí me parecía el símbolo de su preocupación ante los toros y de su despreocupación ante el público. Preocupación y despreocupación igualmente grandes.

—¿Vió usted torear a Fernando, el Gallo?

—Sí. También. Le vi torear muchas veces, pero sin suerte. Sobre él se cantaba esta copla:

*El diestro más consumado,  
para siempre dicho queda,  
es una flor que han criado  
las flores de la Alameda.*

—En la cuadrilla del Gallo —continúa el escritor— iba Guerrita, que se hizo después un matador magnífico. Ha sido para mí el torero más completo. Es el único que de verdad me ha divertido. Créame: el que no haya visto torear al Guerra, ni cantar a Goyarre, ni representar a Eleonora Duse, ni tocar el violín a Sarasate, no ha visto torear, ni ha oído cantar, ni representar, ni tocar el violín.

—¿Y la competencia de Frascuelo y Lagartijo?

—Asistí también a ella, claro. Retirados los viejos toreros que aun alcancé en mi infancia, quedaron Frascuelo y Lagartijo como dueños de los redondeles. Eran muy diferentes, pero se completaban, y juntos constituían el máximo atractivo de los carteles taurinos.

—¿De cuál de los dos toreros fué usted partidario?

—Yo fui frascuelista, como casi todos los madrileños. Mas no por eso dejaba de reconocer el mérito de Lagartijo. Este era desigual. Tenía una tarde buena y muchas malas. El público le esperaba siempre en sus momentos afortunados: aquellas largas, de que él se llevó el secreto, o aquellos pares de banderillas, paso a paso al ir hacia el toro y paso a paso al salir de la suerte... No andaba sobrado de valor, pero era la elegancia misma. A veces, con un toro bravo se descomponía. En cambio, con un boyacón hacía una gran faena. Sus famosas medias lagartijeras causaban la muerte del toro en dos segundos.

—¿Y Frascuelo? ¿Cómo era?

—Era más basto. Torero duro, eficaz en el castigo, nada artista. En realidad, sólo a la hora de perfilarse mostraba su grandeza de torero. El solo, una vez, mató seis toros en hora y media. El público de la calle, al ver salir de la Plaza tan pronto a la gente, creyó que la corrida había sido suspendida. Una de las tardes en que les vi torear juntos fué en la corrida de Beneficencia, organizada por la Diputación. Hacía algún tiempo que Frascuelo faltaba de la Plaza madrileña, y la Diputación acudió a mi pa-



Don Jacinto Benavente

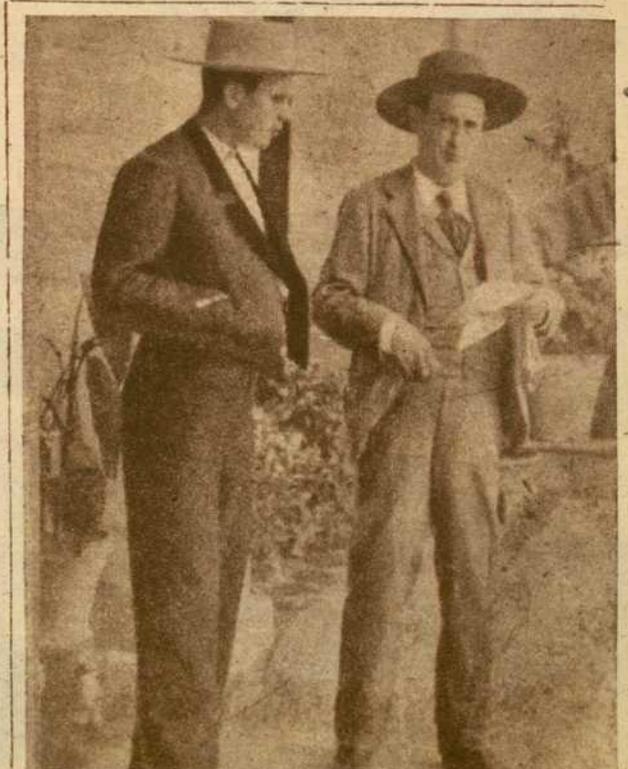
dre —que era médico de la entidad—, para que hablase al diestro y le convenciese. Había asistido mi padre a un hijo del torero, y Frascuelo, agradecido, toreó aquella corrida. El y Lagartijo tuvieron dos de sus mejores tardes.

—Una vez torearon los dos juntos en Aranjuez. Y Lagartijo quedó muy bien, con lo que sus partidarios de Madrid se crecieron. Se anunció al día siguiente, en la Plaza madrileña, una corrida con los dos espadas. Salieron las cuadrillas, y los lagartijistas —muchos de ellos habían estado en Aranjuez en la corrida anterior— empezaron a gritar: «¡Viva Córdoba!...» La Plaza se venía abajo. En esta temperatura de pasión lagartijista, llegó el momento de que Frascuelo actuase. Mandó retirar a la cuadrilla, salió al centro del ruedo, y allí, absolutamente solo, dió tres o cuatro pases, se perfiló, entró al toro y éste se desplomó como fulminado. Y ya no se oyó más en toda la tarde un «¡Viva Córdoba!».

JOSE MONTERO ALONSO



Salvador Sánchez, Frascuelo



Guerrita en su época de triunfador

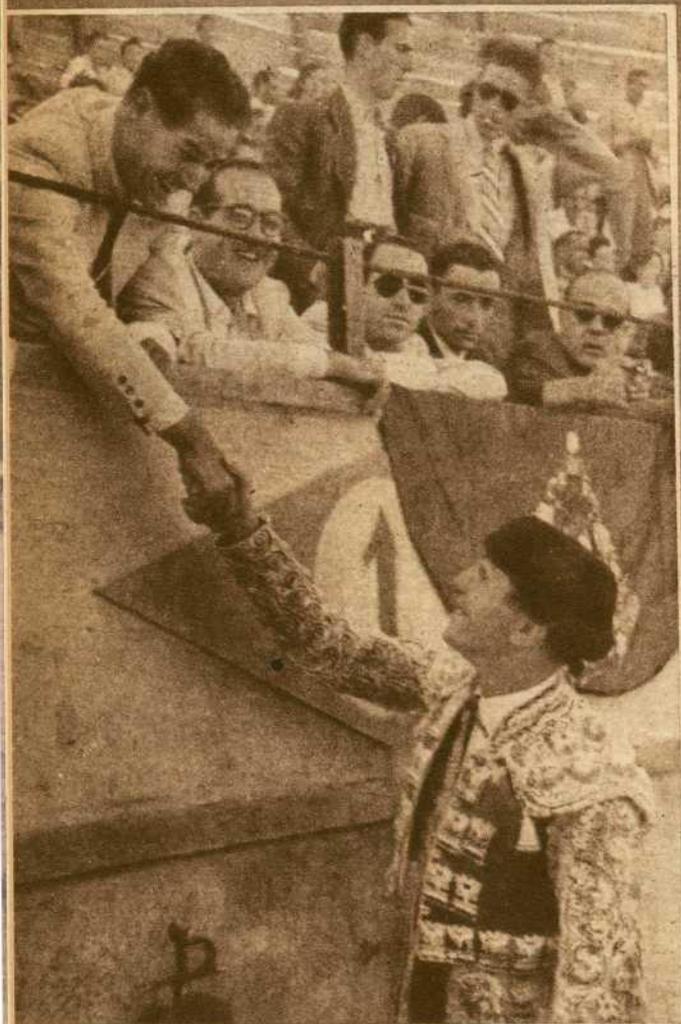


El paseillo en la placita luminosa y alegre

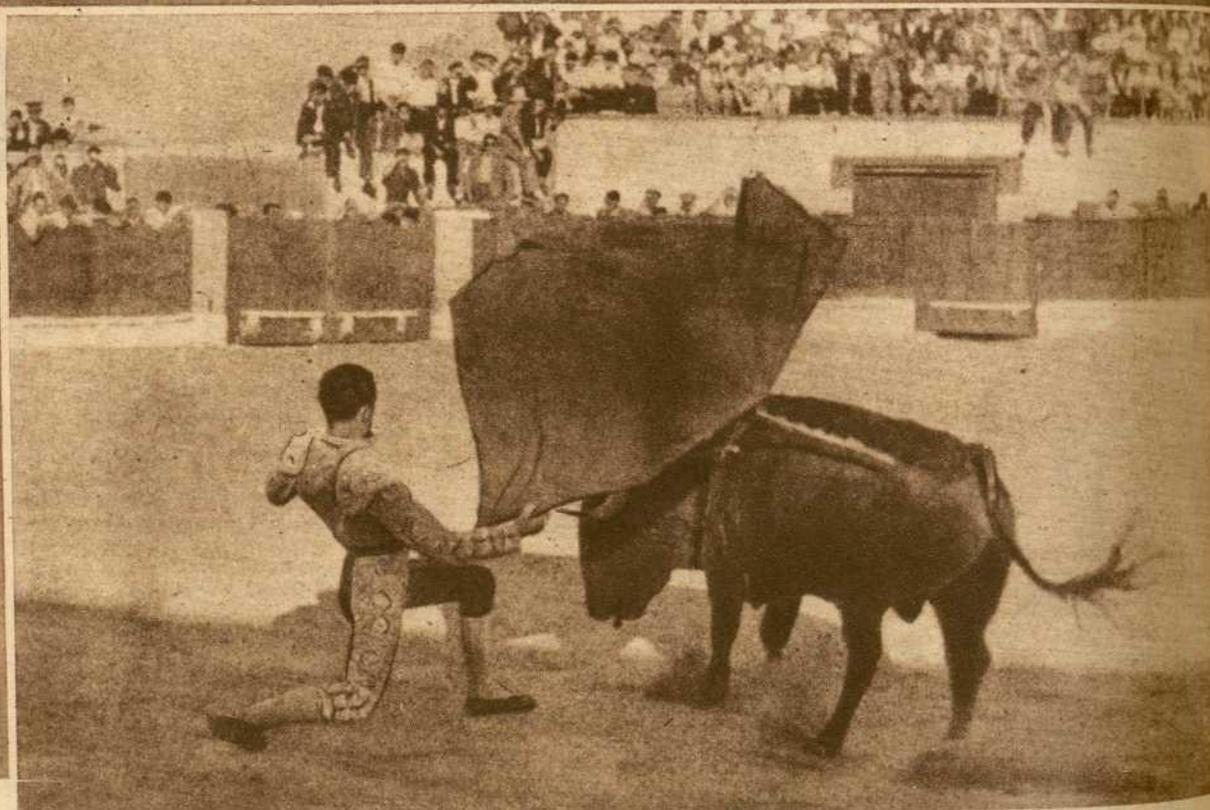


Las barreras ofrecían aspectos como éste que reproducimos

**En Colmenar Viejo Toros de don Eugenio Ortega  
RAFAEL LLORENTE y LUIS MATA**



El boxeador Gascón y Luis Mata charlan en el descanso



Luis Mata en su faena al último

Llorente inicia la faena doblándose con el toro

Una señorita de Colmenar saluda a Llorente en el patio de toreros





FUE en una de estas pasadas novilladas, en las que hemos disfrutado, más que en las faenas, excelente temperatura. Faltaban diez minutos para empezar la corrida, y estaba en mi asiento, como estoy siempre en esos angustiosos

momentos, tan nervioso como los toreros. Estos tienen miedo. Yo también. Ellos, a los toros. Yo, a los espectadores que me toquen al lado, muchas veces más peligrosos que un antiguo miura. Por esto y por la baratura —que tampoco es mucha—, suelo ir a localidades altas, gradas o andanadas, en las que casi siempre hay claros suficientes para librarse de los vecinos pelmazos. El porqué a los tontos se les desarrolla su locuacidad en los toros es un misterio. Pero, sea lo que fuere, el caso es que como nos toque uno de esos que no paran de hablar en toda la tarde, estamos perdidos. Yo les huyo cuando puedo, y cuando no, me acuerdo de Job y envidio a los sordos.

Pero el otro día se sentó a mi lado una señorita. Esto no tiene nada de particular, porque desde que las señoritas no usan abanico acuden en gran número a los toros. Antes, las terribles heridas que sufrían los caballos les impresionaban mucho, y para evitarse el sanguinolento espectáculo se tapaban la cara con el abanico. Coincidió la instauración de los petos con la decadencia del abanico como prenda femenina veraniega. ¿Qué hubieran hecho ellas, las pobres, sin petos y sin abanicos? Seguramente, quedarse en su casa. Ya no precisan del abanico. Ya no tienen que taparse la cara, e inundan desde las barreras a las andanadas. Pero siempre van acompañadas de un hombre. En honor de la verdad, ellas apenas hablan, y, por tanto, no molestan apenas.

Pero ésta, mi vecina de la otra tarde, iba

## EL PLANETA DE LOS TOROS

# LA AFICIONADA SOLITARIA

sola, con su bolso y su entrada. Me chocó, porque no es corriente, ni mucho menos, que las mujeres vayan solas a los toros. Pensé que le habían regalado la entrada, y por no desperdiciarla, se dijo: "¡Pues a los toros!" Equivoquéme. Era una aficionada. La aficionada solitaria.

En cuanto salió el primer novillo, abrió cátedra. Es decir, habló de toros, porque en cuanto se habla de toros, ya se sabe, se pone cátedra. Ahora, que mi aficionada solitaria lo hizo muy discretamente, aunque he de consignar que para ella la fiesta se compone de detalles.

—Mire usted el pelo de ese toro. Es bonito, ¿verdad? Esa mancha blanca que tiene en la cabeza —sí, ya sé que a estos toros se les llama luceros— le da un aire atrayente, como a esos galanes de cine encanecidos prematuramente. Ustedes los hombres no se fijan en estas cosas, pero tienen su importancia. Por ejemplo, un torero con las piernas feas nunca podrá torear bien. Casi todos las tienen muy delgaditas, y los hay que se ponen unas medias horribles, con la espiga negra. Tampoco me inspiran mucha confianza los que salen muy bien peinados. ¡Cuánto mejor están con el pelo alborotado! ¡Pues y esos que cuando van a entrar a un quite se preparan mordiendo el capote; qué horror! ¿Para qué harán eso? Me he fijado bien. Ningún gran torero muerde el capote para recoger tela y achicarlo. Andar por la Plaza es muy difícil. Los toreros se sienten mirados por miles de ojos. Saben que muchos de estos ojos son femeninos, y andan sin naturalidad, como si en lugar de la arena pisaran esos ojos. Los hay que pretenden andar con garbo, un poco como si fueran bailarines de flamenco. En general,

los andaluces se mueven mejor. Los que me ponen francamente nerviosa son los que al banderillear empiezan, muy lejos del toro, a dar vueltecitas y golpes de cadera, y suben y bajan las banderillas, y luego avanzan muy despacio, con pasos de tango, y de pronto salen corriendo, como si pensarán: "¡Anda, si se me había olvidado que tenía que poner este par!" El toreo tiene mucho de ritmo, y un ritmo airoso es muy difícil de lograr... Pero le estoy dando la lata; perdóneme.

—¿De ninguna manera! Me parecen muy interesantes sus observaciones... Y perdóneme ahora usted a mí. ¿Siempre viene sola a los toros?

—Siempre. ¿Le extraña? Sí, algo raro es. Pero soy soltera; me gano la vida, y mi único entretenimiento son los toros. Si no viniera sola, no podría venir, porque mis hermanos los odian. Afortunadamente, nadie se mete conmigo; como soy más bien feilla... No, no me diga la obligada galantería. De sobra sé cómo soy, y vivo feliz. ¿Ve usted cómo corre ese torero? Parece que se le escapa el tranvía. ¡Ya está toreado ese jovencito con la izquierda! Si yo fuera hombre me pasaría la tarde gritando: "¡Con la derecha!" Porque ya estoy lo que se dice empalagada de naturales. Usted dirá que soy una aficionada mala; pero no me importa. Digo lo que pienso. Estoy deseando que lo natural sea no dar naturales.

Aun habló más la aficionada solitaria. No paró en toda la corrida. Y vaya, se pasó el rato. Y eso que era feilla...

ANTONIO DIAZ-CARABATE



## ALVAREZ PELAYO, triunfador en América



Después de un año consecutivo de triunfos ruidosos por los diferentes Estados americanos, en cuyos ruedos demostró este excepcional torero español su altísima calidad artística, recientemente, como premio a esa brillantísima campaña, tomó la alternativa en la Plaza de Bogotá, alcanzando un clamoroso éxito, cortando las dos orejas y el rabo.

Este fenomenal matador de toros madrileño vendrá a España en marzo o abril para refrendar ante la afición hispana su doctorado, y no lo hace antes por tener que cumplir los ventajosos contratos que ha firmado en América para este invierno.

Las dos fotos que publicamos dicen bien a las claras el resonante triunfo alcanzado allá por nuestro compa-

triotay pero insertamos aquí los testimonios de los dos diarios más importantes de la capital colombiana que, al dar cuenta de la corrida, se expresan así en los textos que tenemos a la vista.

El importante diario *El Tiempo* encabeza la información con este titular: «En una corrida catástrofica triunfa el diestro hispano Alvarez Pelayo».

Y dice el texto:

«Torero de los pies a la cabeza es este matador madrileño, que ayer cortó las dos orejas y el rabo en su presentación y alternativa».

Conocedor como pocos de su profesión, valiente y derrochando grandes dosis de estética y arte con la muleta, Pelayo se clasifica como el único rival y competidor de Silverio en esta temporada.

En su primero, uno de Rocha, manso perdido, perdón por el pleonismo, lo recibe con el capote, valiente, y tratando de fijarlo; el bicho no toma los puyazos de reglamento, es foqueado y pasa a la muleta con dificultades y mansedumbre.

Pelayo le da una lidia acertada, valiente, y tras de dos estocadas y descabello lo manda al destazadero, oyendo palmas y dando la vuelta al ruedo.

En el último de la tarde, uno de Venecia, que causa admiración por su trapío, se desquita el hispano. Con los pies juntos y sin enmendarse liga cuatro verónicas señoriales, remata de media excelente y abre la primera ovación de la tarde. El toro toma dos puyazos y un refilonazo; lo banderillean Ginesillo e Ivarito. Pelayo brinda al público la faena «estupenda» de este animal.

En medio de un silencio que hacía presagiar el triunfo del español, lo cita y le propina dos ayudados admirables; continúa con derechazos, especialmente uno de asombro, afarolados, y se perfila, recto y lentamente, para lograr una estocada que fulmina a su enemigo.

Grande ovación, pañuelos y varias vueltas al ruedo. La presidencia le otorga las dos orejas y el rabo, y es llevado por los aficionados a hombros hasta el hotel.

«Bien, Pelayo! Llegaste a Bogotá en plan de torear la temporada entera y lo has conseguido. Mejor impresión de la que logró ayer, pocos toreros la han conseguido.»

Y en el popular y prestigioso diario *El Siglo* dice «Calreles»:

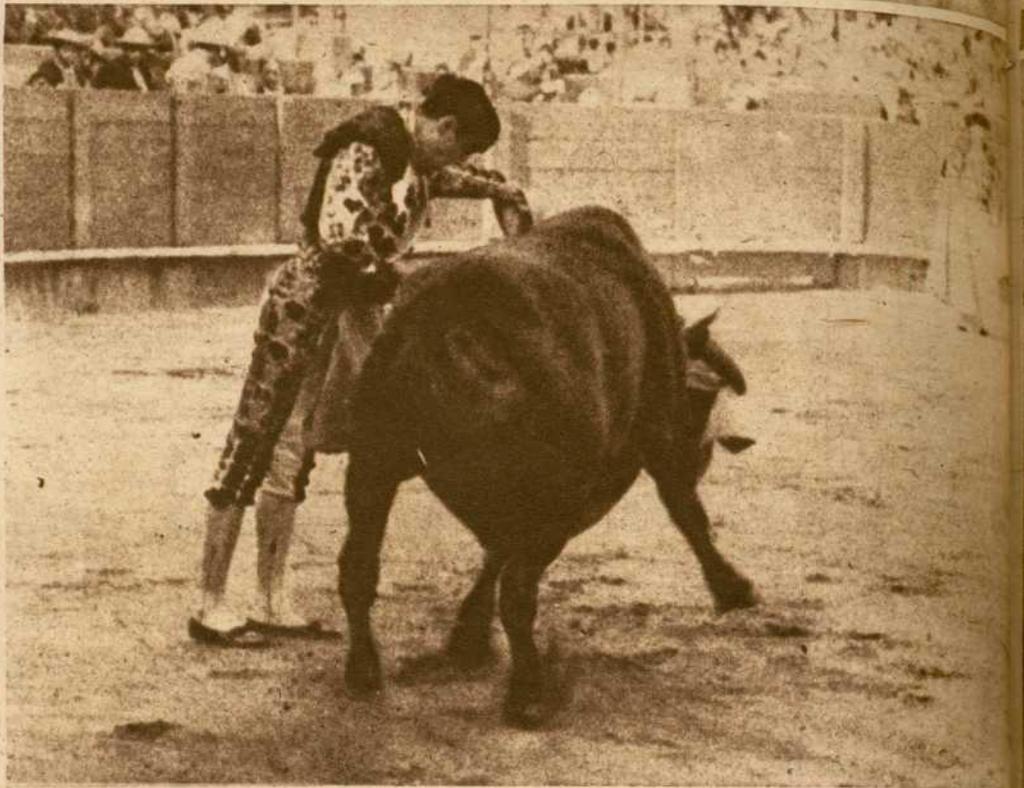
«Alvarez Pelayo, con el capote, está fantástico de bien. Ovación. Los picadores clavan sus puyas y hacen que el animalito arremeta con brio, que es como deben ser los toros. Ginesillo deja dos pares maravillosos, y Alvarez Pelayo, con su muleta, empieza una faena artística, levantando el entusiasmo del público, que, ya helado, no podía ni moverse. Al cuarto pase empezaron los oles; luego, la música, y así, creciendo el entusiasmo, se crecía a la par el torero, quien dibujó varios pases estupendos. En uno de ellos sale cogido, y todos creímos que estaba herido; afortunadamente, no. El torero, porque así son los toreros de verdad y de vergüenza, se domina, y más valiente aún y haciendo emocionar al respetable con su valor y arte, cuaja una gran faena, que remata coronándola con una gran estocada, de la que rueda el de Venecia sin puntilla. Ovación, las dos orejas, el rabo, salida a los medios y entusiasmo entre la concurrencia, que estaba yerta de frío y de corrida. Pepe Luis puso el corazón en la empresa, porque sentía el orgullo de su raza comprometido; pero cómo debió henchirse de alegría su corazón hispano, cuando en sus oídos resonaban los vítores a España y las aclamaciones a su nombre.»



# EL DOMINGO, EN BARCELONA



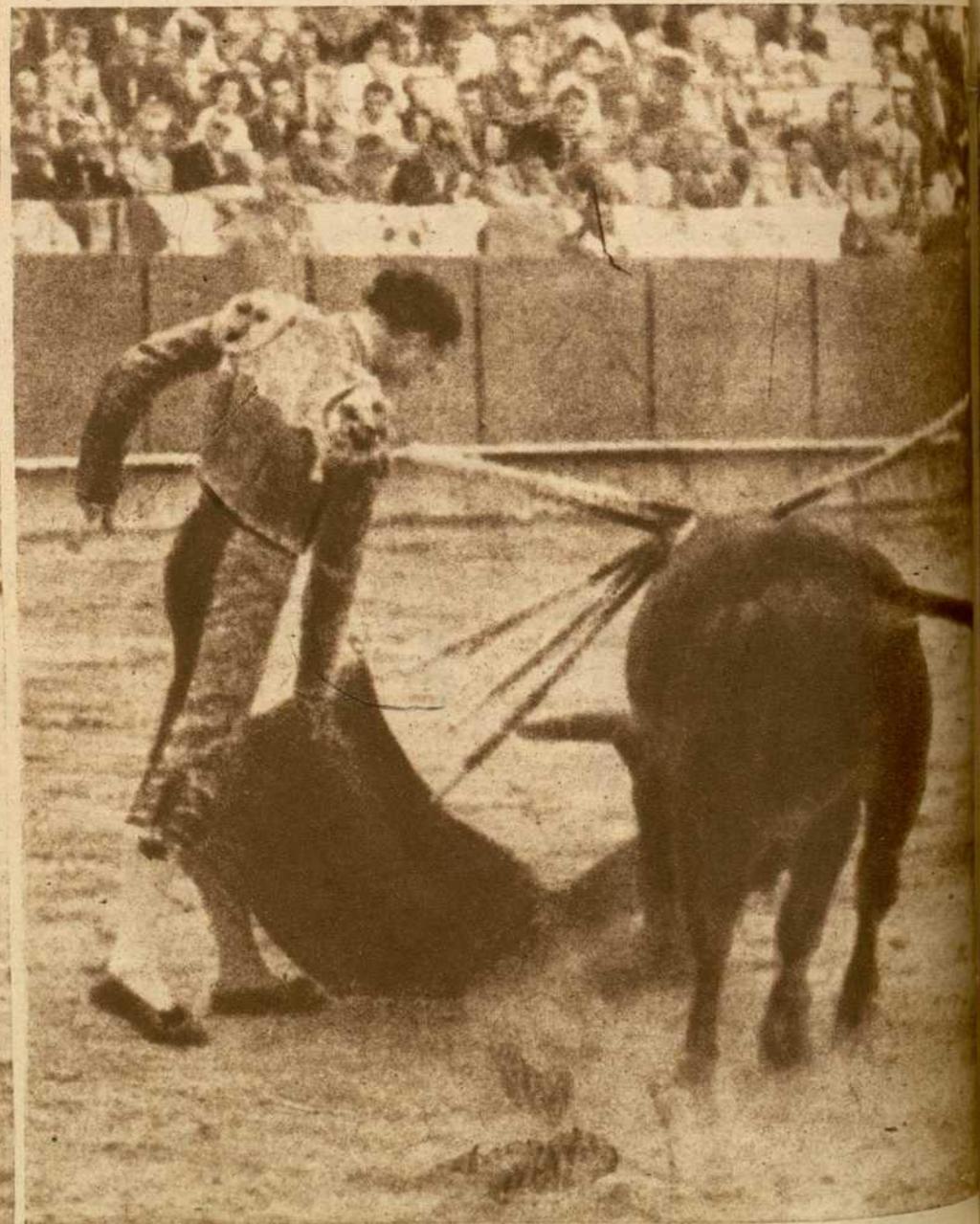
Las cuadrillas, montera en mano por la muerte de Liceaga, se disponen a hacer el paseo



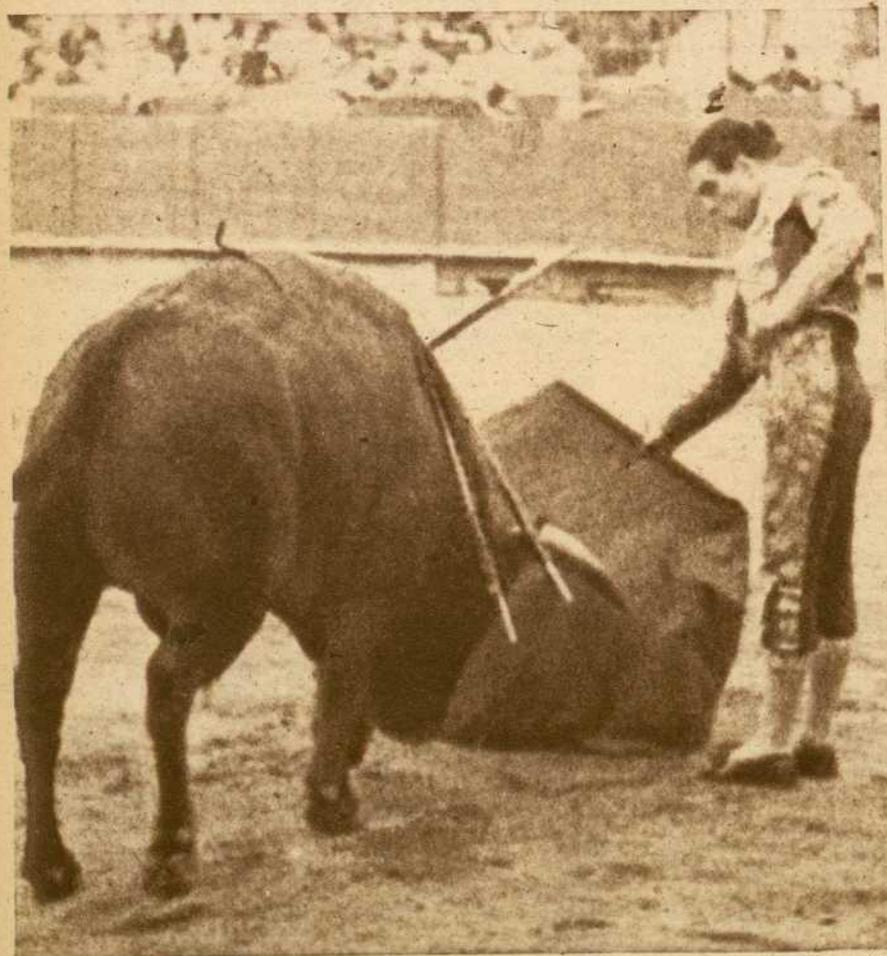
Una verónica de Curro Caro a su primer toro



La estocada con que Cañitas coronó la faena al segundo



Un buen pase por bajo del Choni



Choni inicia un pase con la derecha

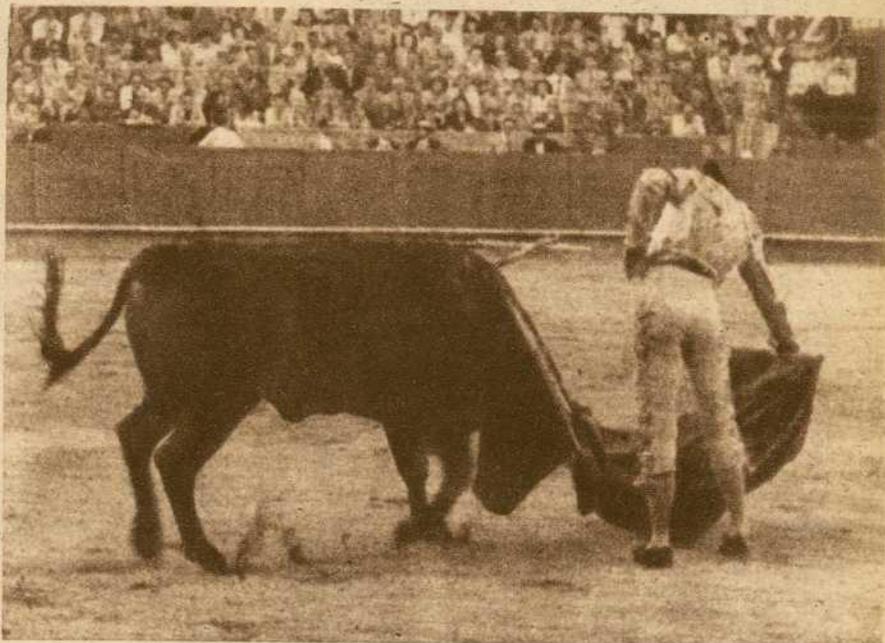
**Seis de Félix Moreno y dos de Clairac  
Curro Caro, Cañitas, Briones y El Choni**



Curro Caro en un buen muletazo con la derecha



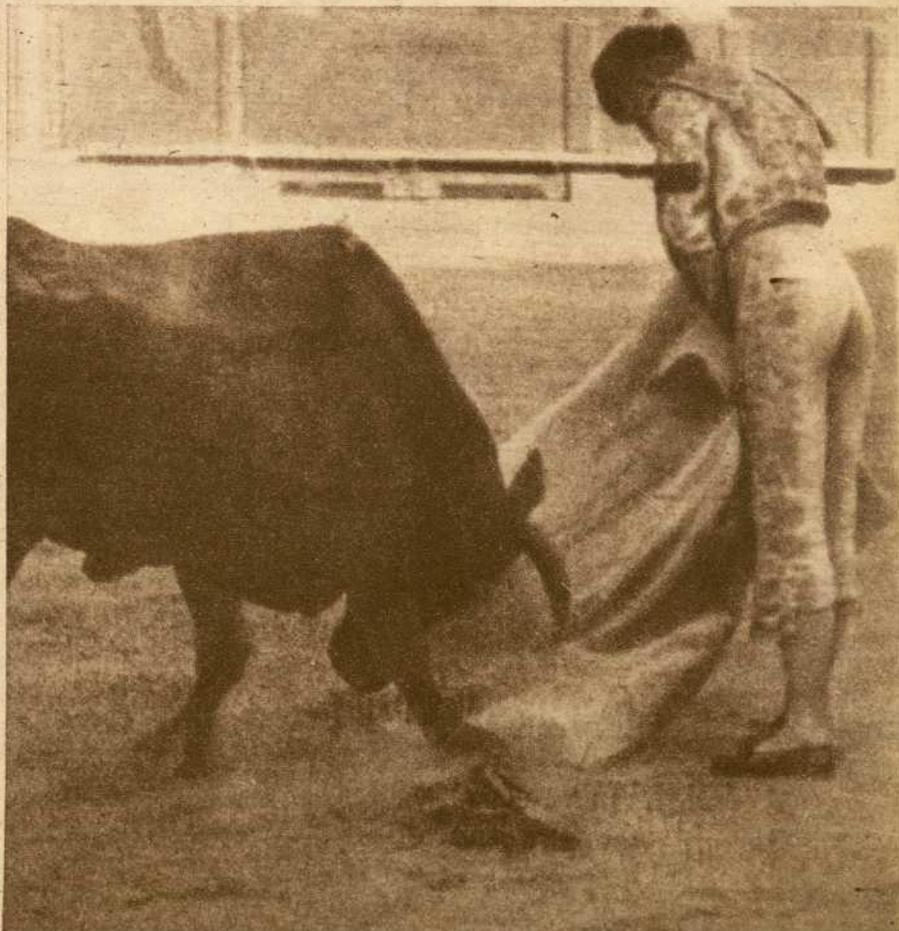
Cañitas torea por manoletinas al toro del que cortó la oreja



El mejicano Briones en su faena al primer toro



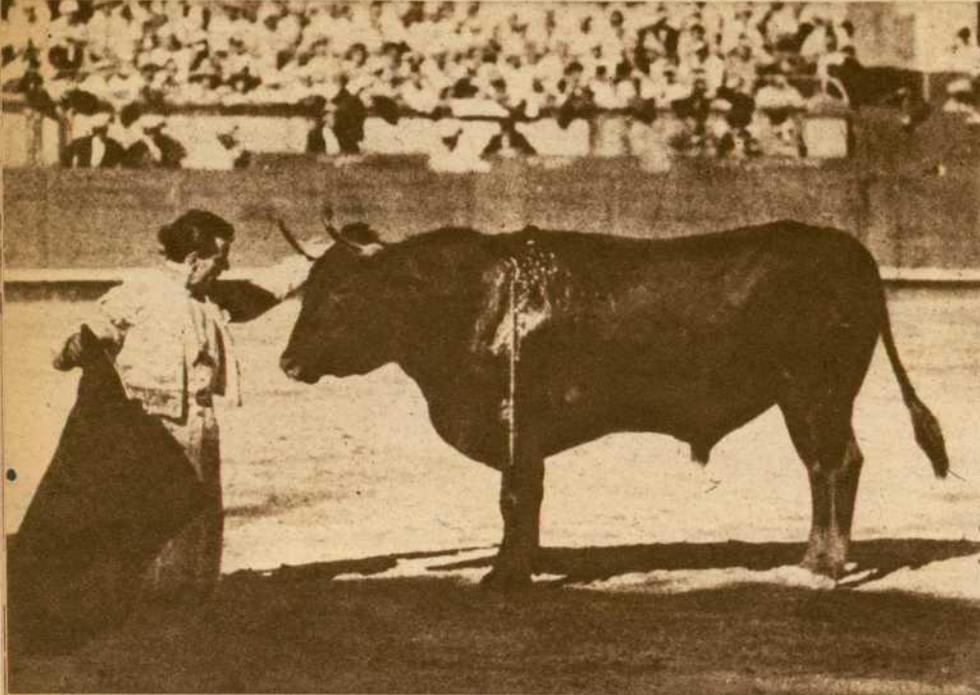
Hiena II es conducido a la enfermería con fuerte conmoción (Fots. Valls)



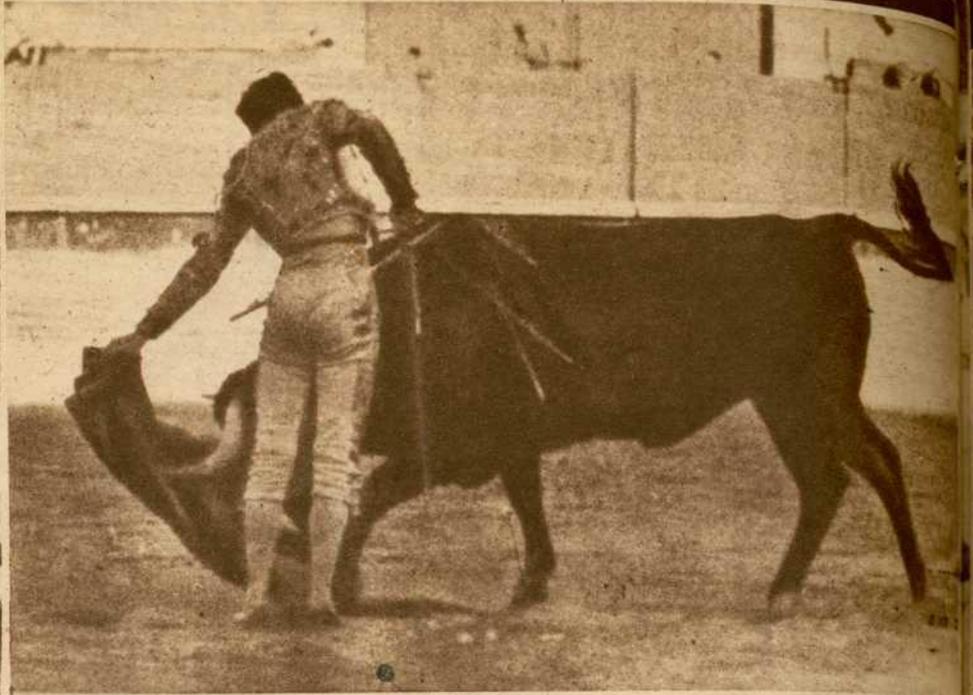
Briones torea por verónicas a su primero

# Arruza, Belmonte y Parrita

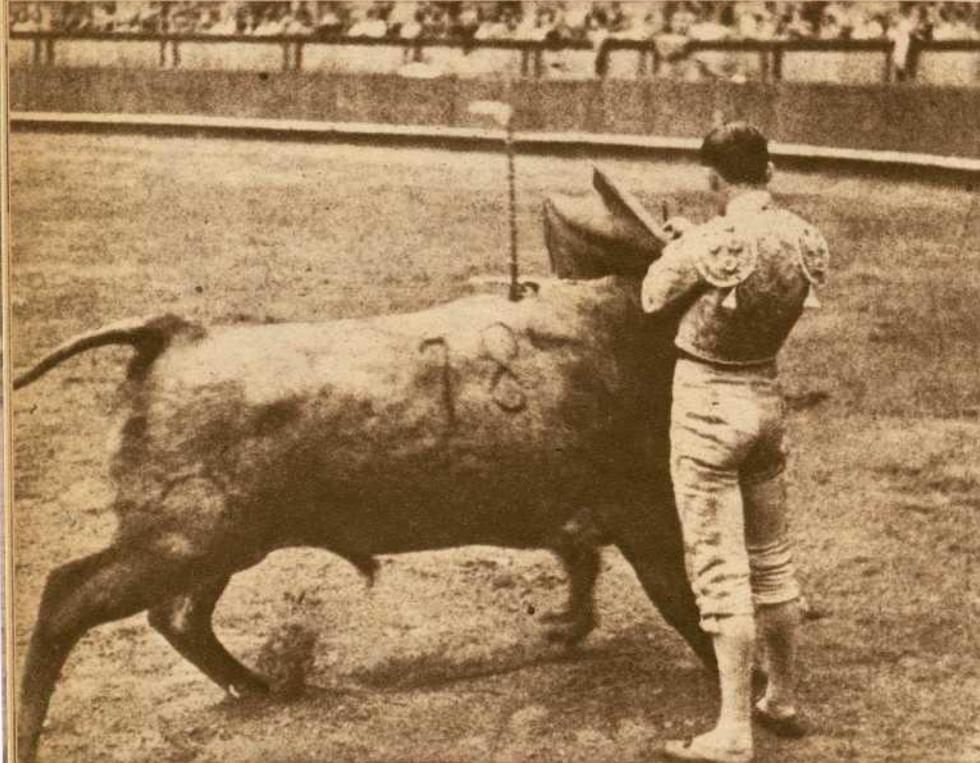
# TOROS EN SAN



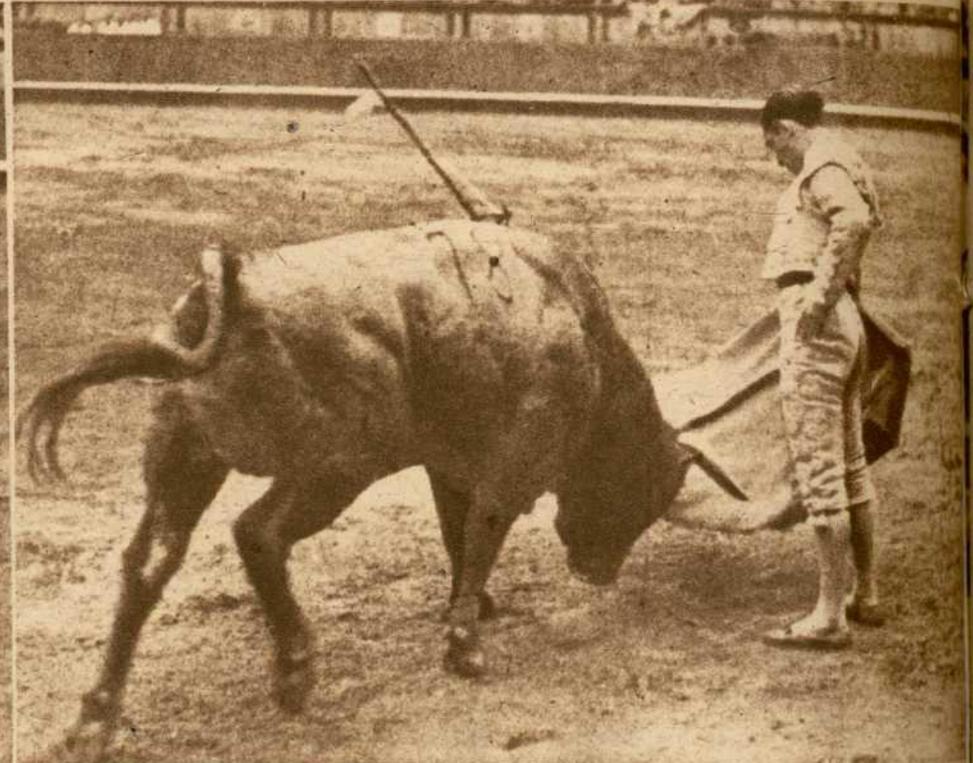
Arruza en uno de los adornos temerarios que prodigó



Un natural del mejicano a su primer santacoloma



Belmonte al iniciar su faena al primero de su lote

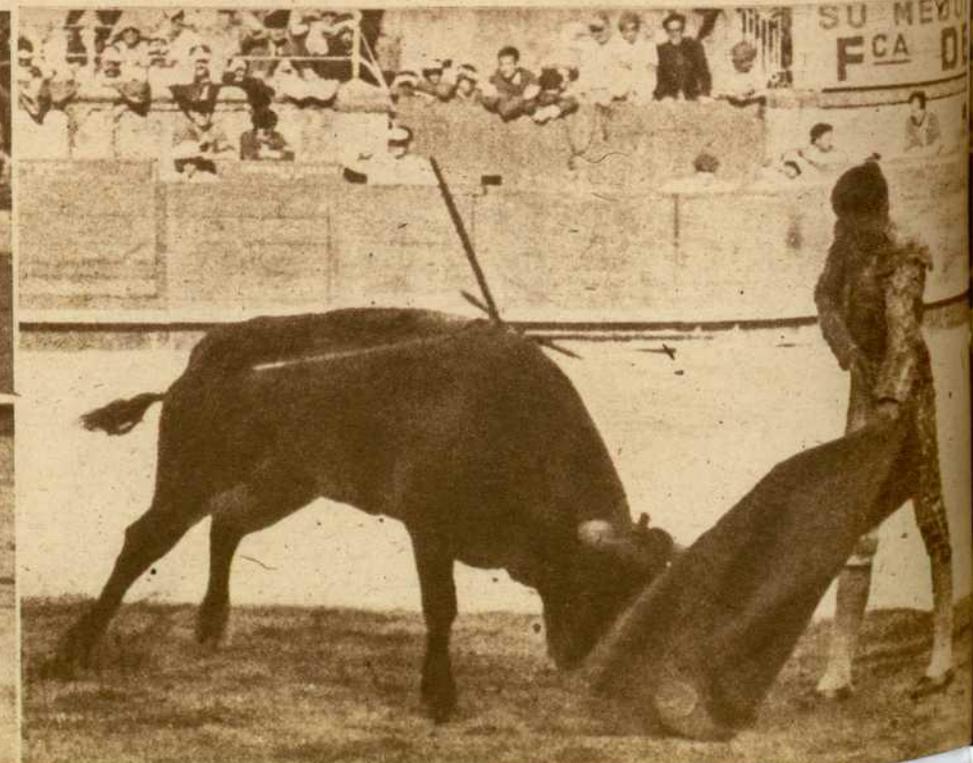
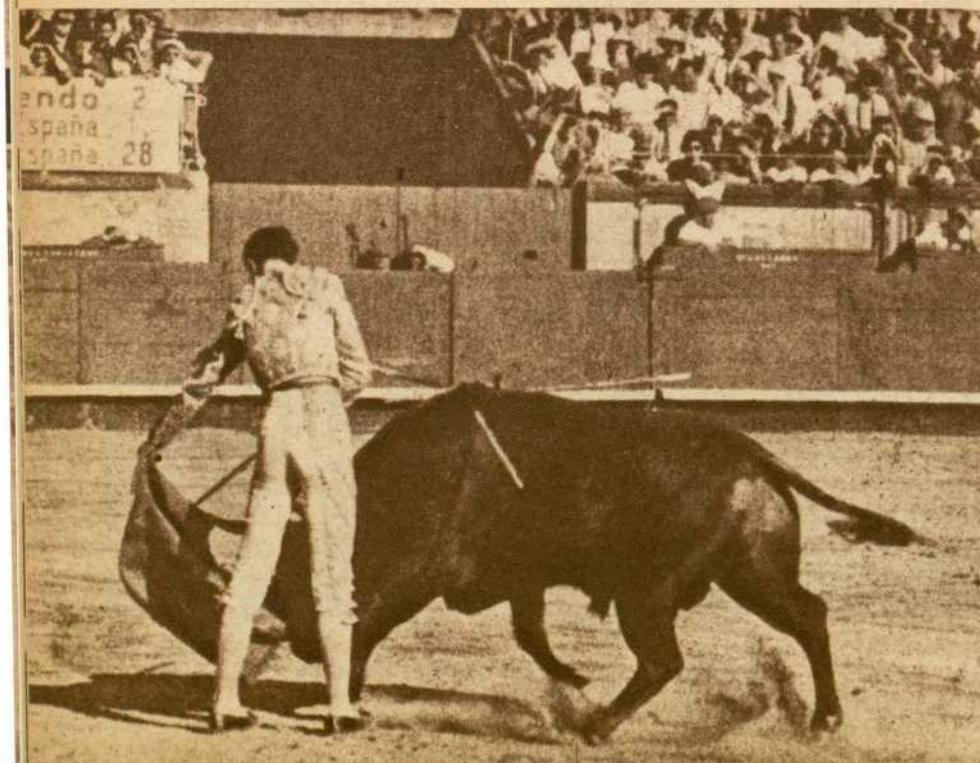


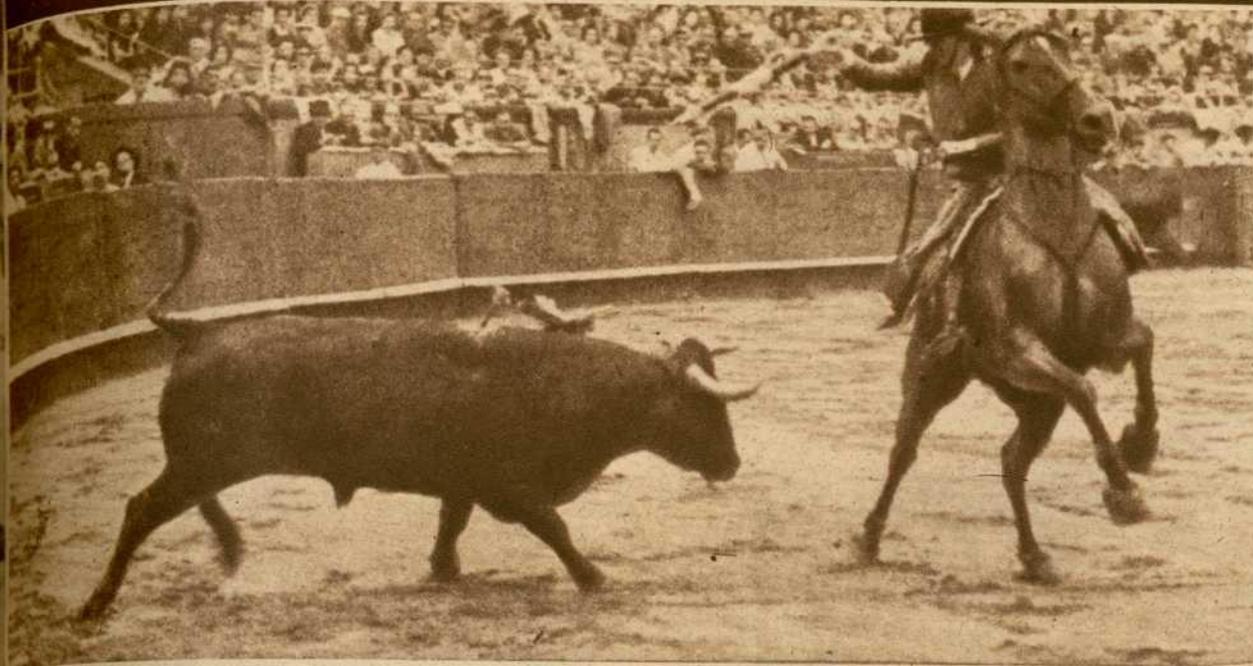
Un pase con la derecha de Belmonte a su primer toro

Parrita torea al natural al tercero de la tarde

Un pase natural de Parrita durante su faena al tercero

(Fots. Martí)

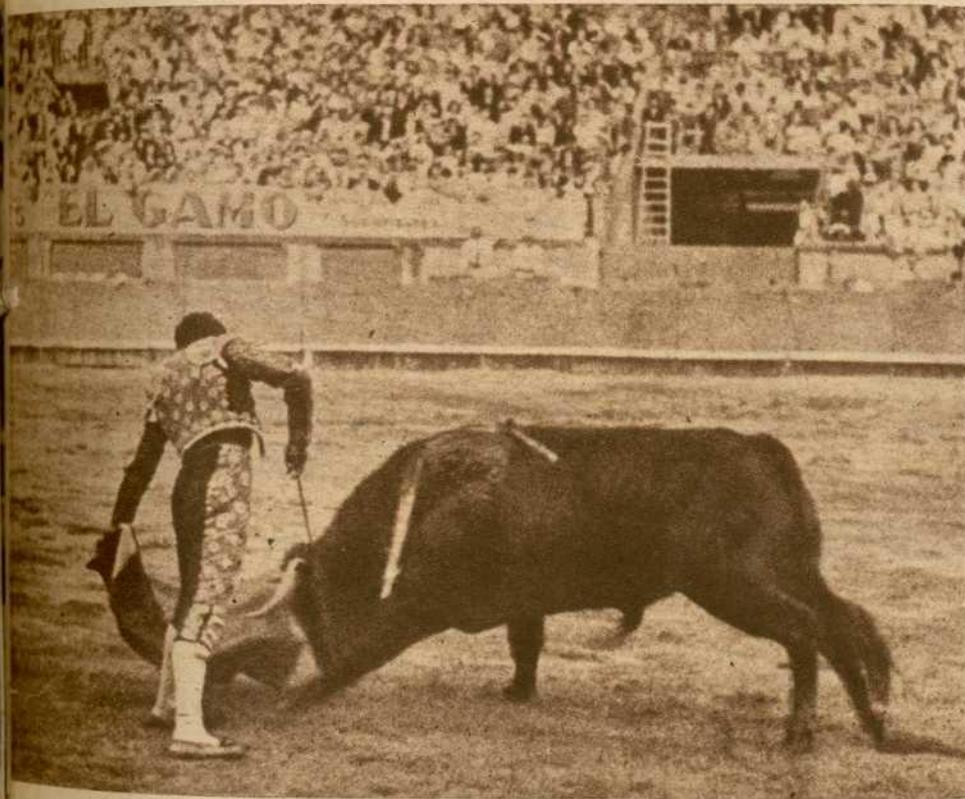




Conchita Cintrón hace una salida en falso al banderillear



Un pase de pecho de Gitanillo de Triana



Gitanillo torea por naturales al toro del que cortó la oreja



Un muletazo con la derecha, de Rivera

Rovira veroniquea, rodilla en tierra, al primero de su lote

Una estocada hasta la gamuza del torero argentino

(Fots. Marín)



# LA FERIA DE BILBAO

**Segunda corrida** Toros de Atanasio Fernández  
**LUIS MIGUEL, PEPIN MARTIN VAZQUEZ Y ROVIRA**



Luis Miguel inicia, con un gran muletazo alto, la faena a su primero



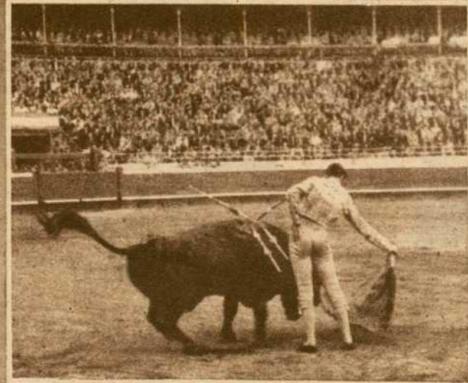
Pepin torea por chicuelnas a su primer toro



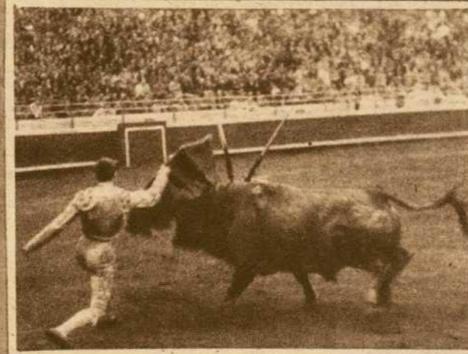
Rovira se adorna en un quite por chicuelnas



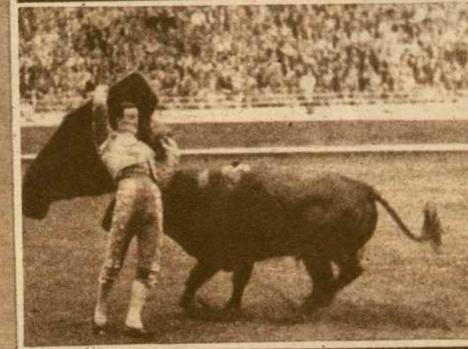
El toro de Atanasio que tanto trabajo costó foguear



Un buen derecho de Luis Miguel Dominguín



Un muletazo de Pepin al toro fogueado



Un pase afarolado de Rovira a su primero

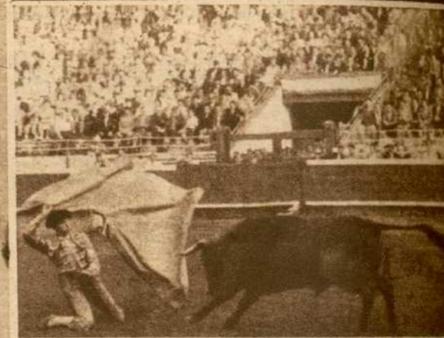


Painturas y el fotógrafo Mari se resguardan de la lluvia (Fots. Elorza)

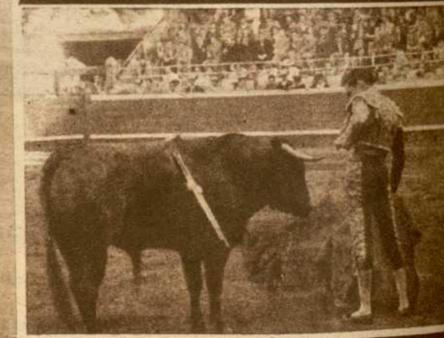
**Tercera corrida** Toros de Villagodio  
**ARMILLITA, LUIS MIGUEL DOMINGUIN Y ROVIRA**



Un gran par del mejicano Armillita



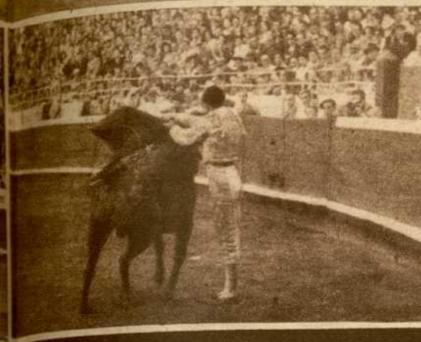
Luis Miguel saluda al de Villagodio con el cambio de rodillas



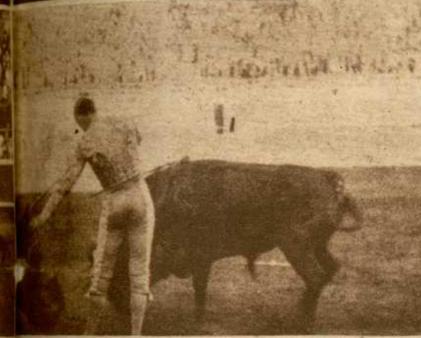
El menor de los Dominguín porfia a dos centímetros de los pitones



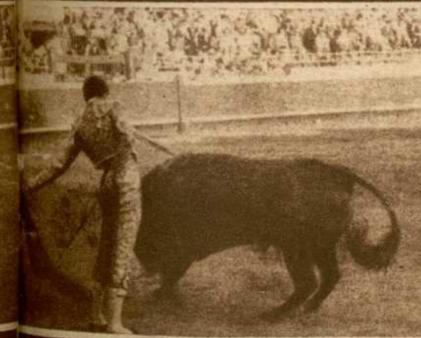
Rovira sigue atento al toro



Armillita inicia su faena muleteando por alto



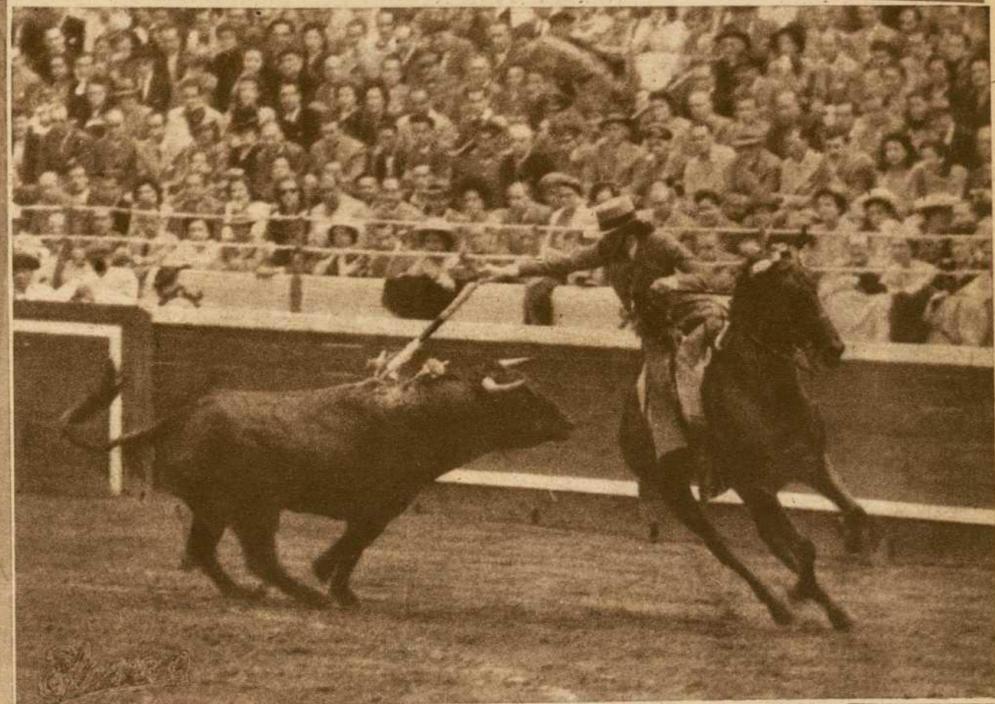
El argentino Rovira torea al natural



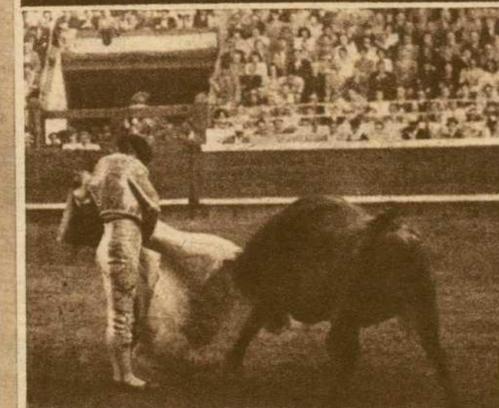
Un natural de Luis Miguel a su primero



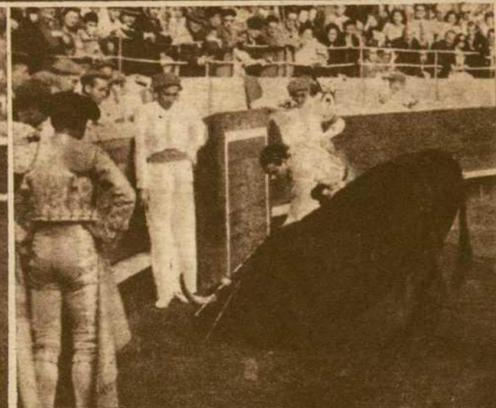
**Cuarta corrida** Toros de Pablo Romero  
**CONCHITA CINTRON, PEPE LUIS, ANDALUZ Y LUIS MIGUEL**



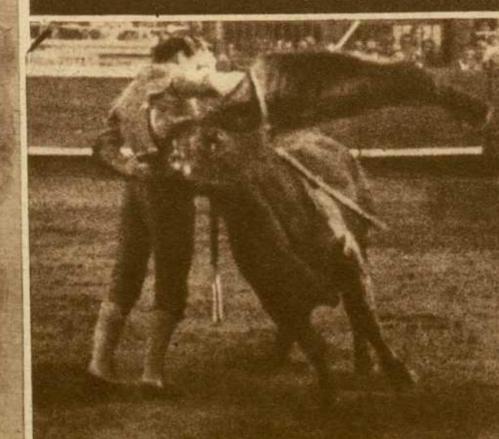
Un gran par de banderillas de la rejoneadora peruana (Fots. Elorza)



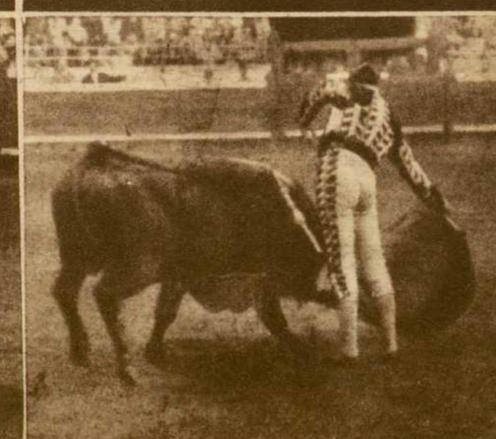
Una verónica fina y estilizada de Pepe Luis



Así murió el toro del Andalus, herido en lo alto del morrillo



Una manoletina del Andalus a su primer toro

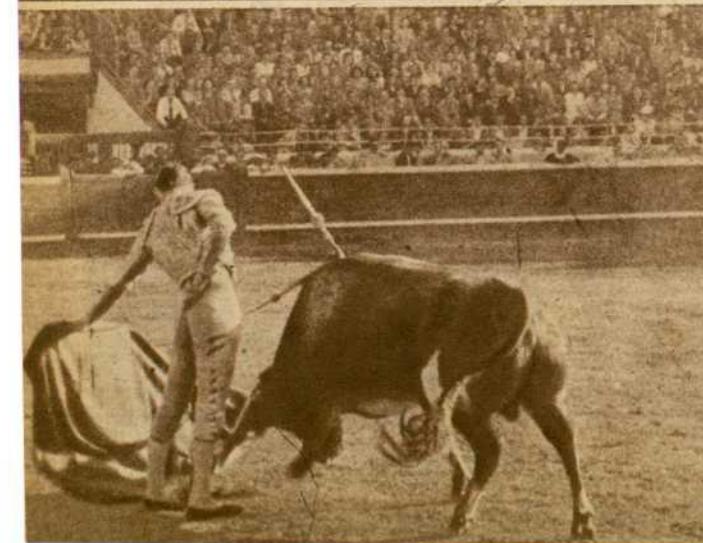
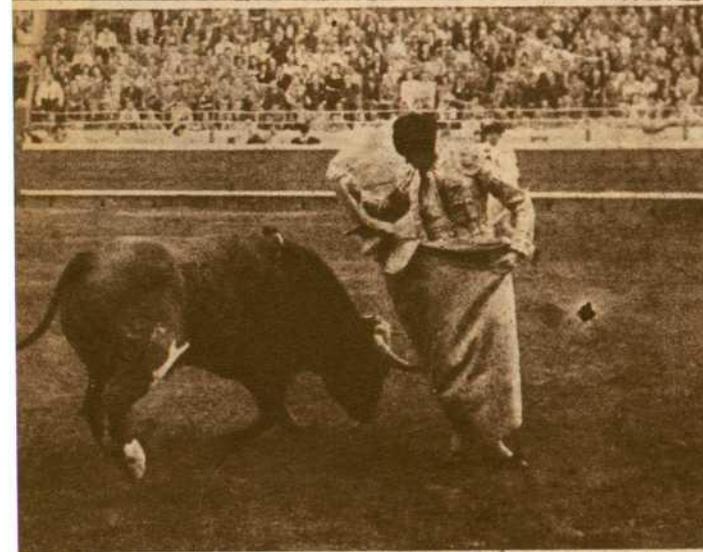
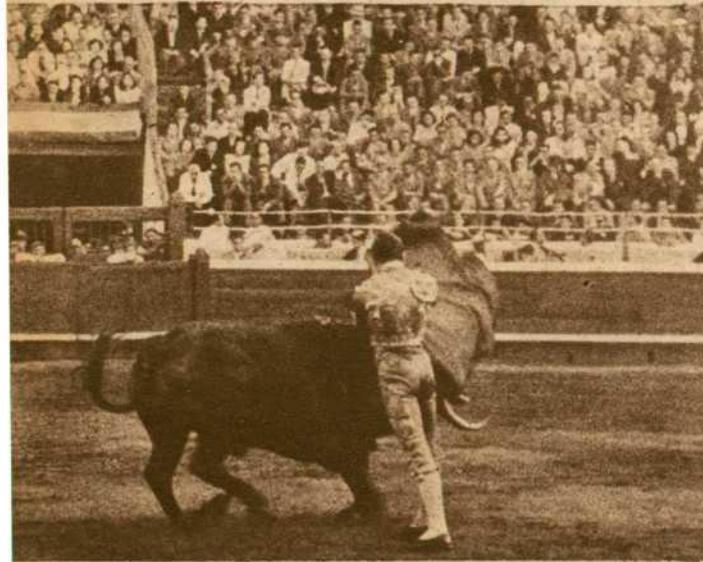
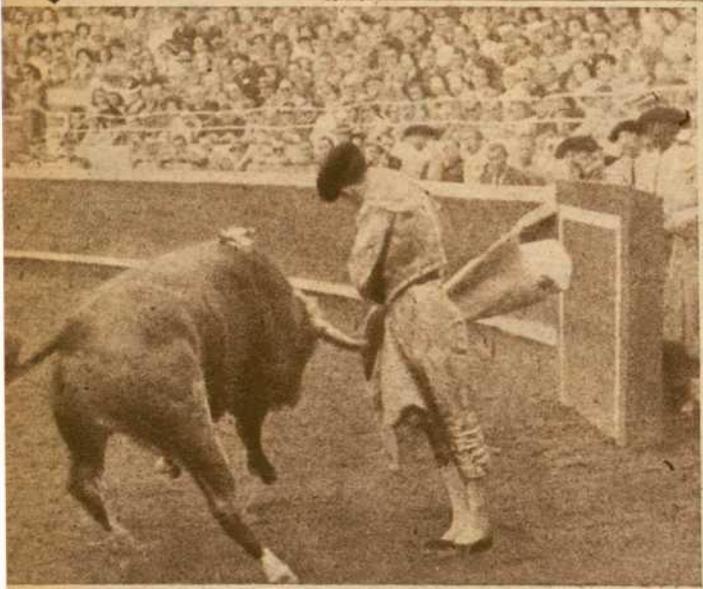


Luis Miguel Dominguín en su faena de muleta

# QUINTA Y SEXTA DE FERIA EN BILBAO

## Reses de Alipio Sanchón

## Reses de Guardiola



**ARMILLITA,  
PEPIN  
Y  
ROVIRA**



**DOMECQ,  
ARMILLITA,  
PEPE LUIS  
Y  
ANDALUZ**



De arriba abajo y a la izquierda: Media verónica de Armillita

Pepin en un ayudado por alto

Rovira hace un quite por chifuelinas

Rovira torea al natural a su segundo toro

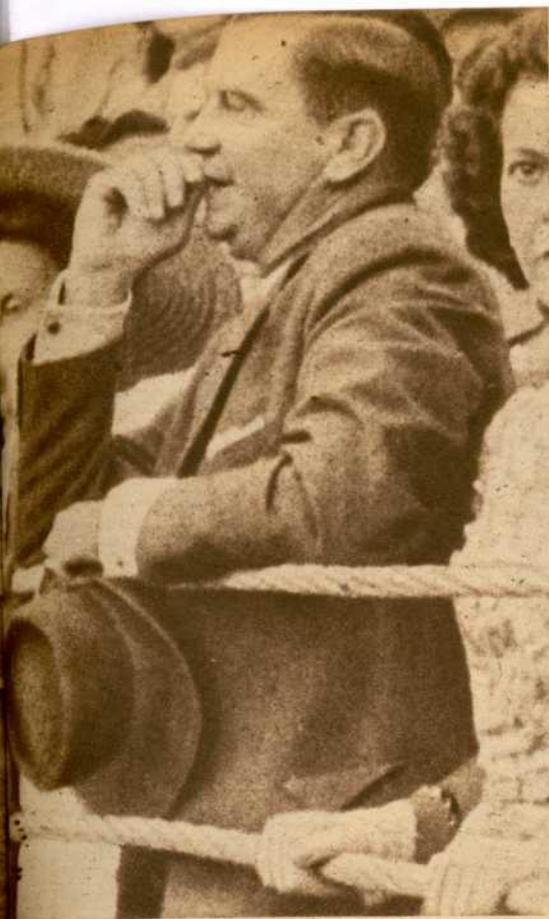
De arriba abajo y a la derecha: Pie a tierra, Alvaro Domecq le hizo al toro una faena reposada, torera y alegre

Armillita fué el maestro de siempre

Pepe Luis en una tanda de naturales

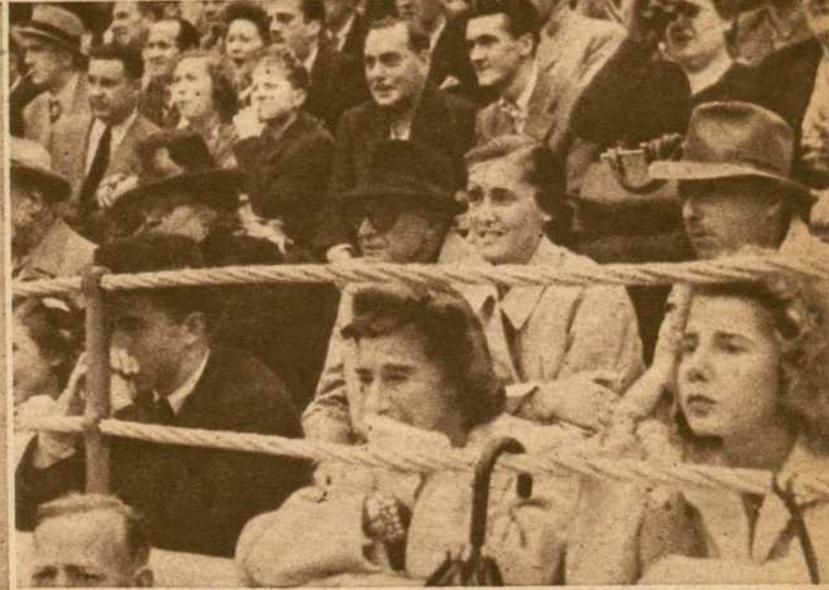
Un natural del Andaluz (Fots. Eiorza)



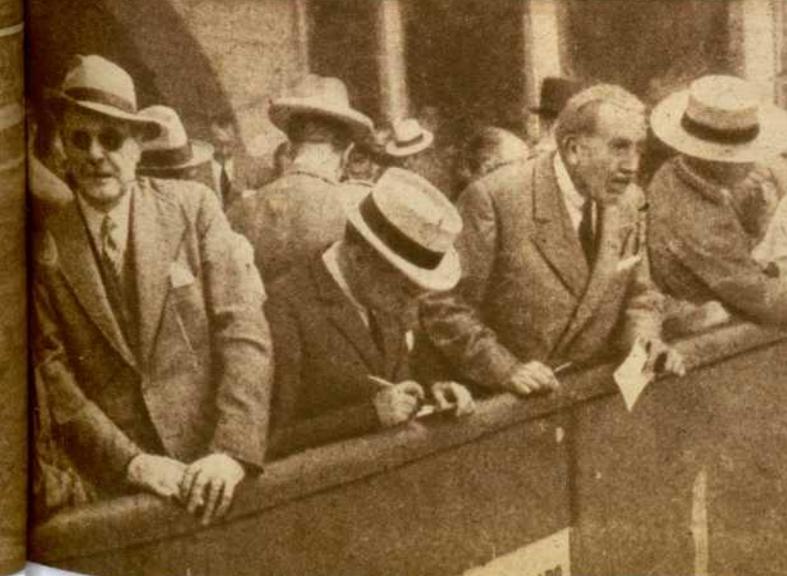


# CARAS CONOCIDAS EN EL TENDIDO DE LA FERIA BILBAINA

Arriba y de izquierda a derecha: El marqués de Villagodio no está conforme con la pelea que está haciendo uno de sus toros. Alvaro Domecq, con la oreja del toro en la mano, recibe la última ovación del público de Bilbao, del que parece se despidió en esta Feria. Armillita brinda el último toro que se dice matará en España



A la izquierda: El Alto Comisario en Africa, teniente general Varela, presencia una corrida, acompañado de su esposa y del directivo atlético señor Lastagaray. Nuestro Director, señor Casanova, presencia la corrida con su esposa y uno de sus hijos. Don Esteban Bilbao presencia una faena de enchiqeramiento



A la derecha: La duquesita de Montoro sigue atenta las incidencias de la lidia. La acompaña la duquesa de Santofña y al fondo puede verse a Conchita Cintrón. Juanito Belmonte, una tarde en que estuvo de espectador en Bilbao. Ha terminado la feria. Las maillitas se disponen a arrastrar el último toro (Fots. Eitorza)





Vicente Segura

## A PUNTA DE CAPOTE

# ¿Aztecas?

nidad. El mejicano atesora nuestros viejos y virtudes. Y si puede llamarse vicio a su pasión por las corridas de toros, el mejicano es español hasta en eso. Rota la unidad política de su pueblo con la metrópoli, no sabe prescindir de las costumbres folklóricas que le enraizan con la madre Patria, y, entre ellas, es fortuna que perviva ese cordón umbilical que se llama la fiesta de los toros. Bueno es que se sepa que no hay embajada más cordial entre Méjico y España que el torero: el de aquí y el de allá. El torero, héroe popular por excelencia, nos lleva y nos trae mensajes de entrañable simpatía. Ellos y los cómicos hacen más por la cordialidad hispano-americana que las misiones diplomáticas de todo un siglo. ¿Quién no recuerda a Rodolfo Gaona como cosa nuestra?

El mejicano tiene, como nosotros, su toreo original, *suyo*, teñido con su genialidad, con su recia personalidad. Su toreo nace como el nuestro: del noble arte de la jineta. Los mejicanos, como los gauchos pamperos, son los mejores jinetes de la tierra. Y lo son porque aprendieron a serlo en las galopadas de los centauros conquistadores que soltaron sus caballos en pampas y praderas. Como nuestros caballeros peninsulares aprendieron, por instinto, las diversas y lucidas suertes del toreo a caballo. En la libre naturaleza persiguieron rebaños de toros, de búfalos, de avestruces. Inventaron el bello arte del lazo, con su guindaleta como un proyectil; el de las bolas, tan certero y vistoso; y en sus rodeos audaces llegaron, en su brava hómbría, a montar toros salvajes con elasticidades acrobáticas. En sus jaripeos pintorescos consumaron la suerte del rejón, de la lanza, y, siempre a caballo, torearon de capa y pusieron banderillas a los toros. ¿Cabe mayor bravura, mayor destreza, mayor gallardía? Pues cabe tanta, por lo menos, si consideramos al torero mejicano de a pie. El toreo de a pie es consecuencia entre ellos, como lo fué entre nosotros, del toreo a caballo. El mejicano, descabalgado, inicia su toreo rudimentario desafiando al toro con chuzos y lanzas cortas. Saltan el toro al trascuerno, de pitón a rabo, le colean, lo montan y lo derriban en el apretado trance de mancornar. Las suertes primitivas se desarrollan en ellos paso a paso, etapa por etapa, y así llegan ellos, como nosotros, a la suerte vistosa de banderillas. Primero clavan una, a modo de arpón. Después, las dos. Y en el momento de matar coinciden con nuestros *capitalistas* de las Plazas mayores, inventando



Luis Freg

DESDE que ha comenzado la presente temporada taurina, con la contribución considerable de los diestros mejicanos en nuestros carteles de toros, ha aparecido también la manía de llamar aztecas a los toreros de Nueva España. Apenas hay crítica, revista o telegrama de toros donde no se designe con ese nombre a los diestros americanos que, precisamente por serlo, son toreros hispánicos.

¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esta manía viciosa que, acrisolada por la rutina, puede constituir un tópico indeliberable? ¿Se quiere expresar con ella una diferencia de razas entre nosotros y los lidiadores mejicanos? Esta suposición sería ofensiva para las plumas españolas. ¿Se quiere, por el contrario, halagar al mejicano con un apelativo de cariñoso parentesco? Nada más lejos de la verdad. Nosotros no somos aztecas... ¡Ni ellos tampoco!

¿Qué es un azteca? ¿Subsiste en realidad un tipo azteca? Sería tan temerario afirmarlo como decir que aun vive en Andalucía la Baja el tartesio prehistórico. El Méjico central es un mosaico de tribus y subrazas de orígenes diversos y nombres distintos. Y tanto vale llamar azteca a un mejicano como decirle chichimeca, tolteca, zapoteca, mazteca y otros nombres de la gran india. Llamar con uno de estos nombres a un hispano-americano, hermano nuestro, sobre ser impropio, es peligroso. Los aztecas, como los mayas, son el recuerdo de una cultura hundida en el polvo de los siglos.

Dijérase "indio" genéricamente, y estaría más puesto en razón. El indio es noble, inteligente, intrépido y generoso. Con él hemos mezclado nuestra sangre —sangre de Hispania fecunda— durante cuatro siglos. Por él y por nosotros vino al mundo el criollo, raza joven fundadora de nacionalidades. Y de tal modo se ha mezclado nuestra sangre con la suya que las bellas muchachas de Xochimilco nos parecen vírgenes de nuestra brava Andalucía. De tal modo ha prendido el injerto vigoroso en el tronco secular.

Además del criollo subsiste en Méjico el tipo hispánico puro. Vicente Segura y Carlos Arruza son pruebas vivientes. Y hasta los toreros de visible mestizaje —Rodolfo Gaona, por ejemplo—, cuando se visten de corto o de luces, más parecen cordobeses o sevillanos que hijos de Veracruz o el Yucatán.

Llamemos, pues, a nuestros hermanos de Nueva España mejicanos y no aztecas. En lo azteca no vamos comprendidos, y en lo mejicano, sí; que tanto monta decir mejicano como castellano, peruano o andaluz en el ámbito ilustre de la gran Hispa-

la suerte del puñal, hazaña sorprendente, que consiste en clavar al toro, quebrarle y, a cabeza pasada, clavar el arma en el sitio del descabello.

Cuando más adelante arriban a sus playas los grandes toreros españoles, los mejicanos aprenden de ellos el arte y la ciencia de torear. Su revelación prodigiosa brilla en su aurora con Ponciano Díaz, frisa en la cumbre con Rodolfo Gaona y nos deslumbró hoy con la eclisión estelar de los grandes artistas de Nueva España. Y ello es así porque mejicanos y españoles son toreros de raza por la gracia de Dios. Yo creo que existe un tipo étnico de torero, producto humano de un mapa taurino, único también...

¿Cuál? Don Manuel Antón, insigne antropólogo, me decía en la Cacharrería del viejo Aleneo:

—Allí donde vea usted Plazas de toros y afición al toreo, allí existe España en su tuétano y medula. La afición incontenible de los franceses afines a nosotros, nos demuestran que el Rosellón, la Cerdeña y Montpellier son en el fondo tierras irredentas españolas. Las corridas de toros, allí donde llegan, son la línea divisoria que nos separa de los demás pueblos.

¿Es, por tanto, el amor a la fiesta un signo de identidad en los pueblos que son y fueron españoles? ¿Existe, en efecto, un mapa típico taurino? Los países americanos de nuestra lengua nos dicen que sí cuando vemos que justamente los de más rancia solera taurina son por esencia los de más clara y rotunda españolidad. Méjico, Lima, Bogotá, Caracas, son en ese sentido ciudades tan nuestras como Sevilla, Córdoba, Rondó o Cádiz.

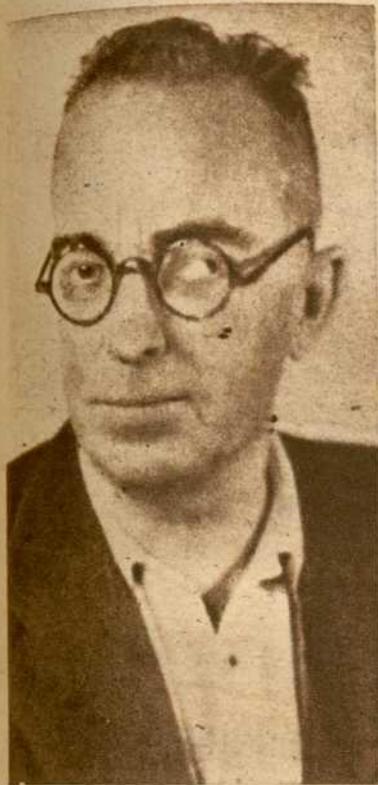
¿Cómo, pues, hemos de llamar aztecas a los hombres que nos traen renovada la gloria de nuestra estirpe?

FEDERICO OLIVER



Rodolfo Gaona

# K-HITO prefiere el toreo moderno al clásico, aunque está cansado de los pases naturales



**L**E encontramos en la terraza del café donde se reúne una de las más entusiastas peñas taurinas con que cuenta en la actualidad Madrid. A ella acuden, muchas veces, los famosos matadores... Pero, bueno, no es eso lo que vamos a contar. Acuden, también, aficionados de tanta solera como don Ricardo; periodistas, críticos, ganaderos y has-

ta jóvenes principiantes que esperan con impaciencia el momento de tomar la alternativa, ilusionados con la posibilidad de una rápida consagración. Algunos de los que allí se reúnen constituyen, por su larga experiencia, verdaderas enciclopedias tauromáquicas. Y las conversaciones de los contertulios, cuando no giran en torno a los lances de la lidia, se remontan a sucesos lejanos, ocurridos hace veinte, treinta, cuarenta o más años... Esto no quiere decir que los viejos aficionados relatares de estas hazañas, sean ya ancianos. Los aficionados a los toros son siempre jóvenes, ¿eh?

Abordamos al gran virtuoso en arte taurino, a quien venimos a buscar.

K-Hito acoge con admirable paciencia nuestra intromisión en la peña del café.

—¿Qué quiere usted que diga de toros?

—Su historia de gran aficionado. Y, además, todo lo que se le ocurra.

—Pues ahí va... Empiece a preguntar.

—¿Qué impresión le hizo la primera corrida que presencié?

Los amigos de don Ricardo se alborotan un poco. Alguien dice:

—Hace demasiado tiempo. Debió ser cuando la inauguración de la Plaza de...

Pero don Ricardo no parece inmutarse demasiado por este comentario.

—Fui por primera vez a los toros, en Alicante, en el año 99. Toreaban dos mujeres: Lolita y Candelita. Saqué una impresión muy buena de aquella corrida.

—Y de entonces data su afición, ¿no es eso?

—Sí. Mi torero predilecto fue Juan Belmonte. He sido belmontista acérrimo, y si Belmonte volviera, volvería a ser mi figura favorita en los ruedos.

—¿Hay algún pase que le entusiasme a usted?

—Hay muchos que me gustan. Ahora se da mucha importancia al pase natural; dema-

siada importancia. No se habla más que de los naturales y de los estatuarios, cuando hay muchas otras suertes en el toreo que le dan mayor seriedad y gracia. Algunos, no saben hoy salirse de los naturales, los estatuarios y las manoleteras. A mí éstos me parecen fríos.

—¿Quiere esto decir que no le gusta el toreo de ahora?...

—No, no... Al revés. Es superior al de antes. Va ganando en arte, se va puliendo, afiligranando. El toreo antiguo era más brutal, más sangriento. Por eso, ahora van muchas más mujeres a las corridas. Además, se exagera mucho cuando se comenta que ahora los toros son pequeños. Hace mucho tiempo que se destinan reses pequeñas para la lidia. Y desde que asistí por primera vez al espectáculo nacional, he oído quejarse a los aficionados del tamaño de los toros. La protesta sobre esto es ya un tópico de la afición.

—¿Le gusta a usted estudiar las reacciones del público?

—Sí; es curioso. Siempre tiene razón, cuando protesta y cuando se entusiasma. Y si se equivoca, lo hace siempre noblemente.

—Entre todas las corridas que ha visto, ¿cuál le ha gustado más?

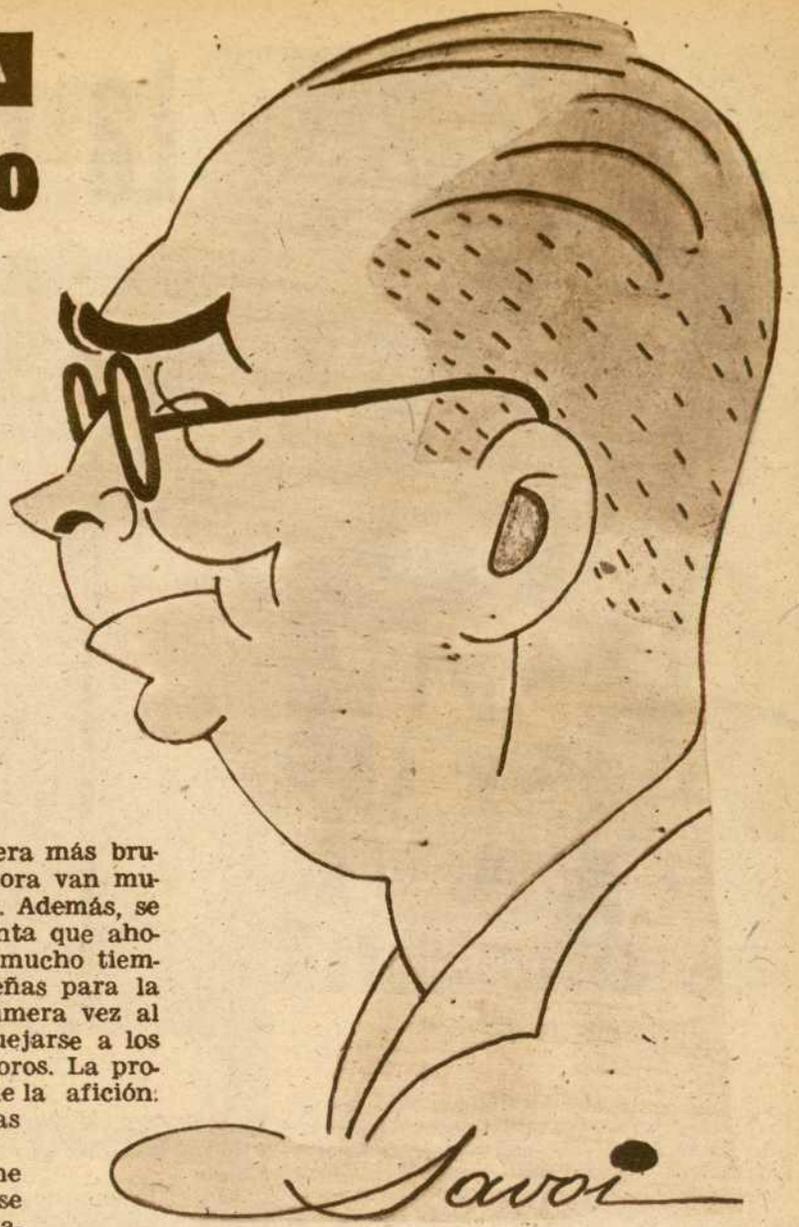
—No me limitaré a designarle una sola, porque varias han sido las que me han entusiasmado. Citaré aquella famosa del 18 de septiembre, con Antonio Bienvenida y Morenito de Talavera; la que vi en Aranjuez, en el año 44, con Ortega, Morenito de Talavera y Pepe Luis, y la que se celebró en Valencia, en la Feria del año 42, que fue la revelación de Manolete.

—¿Ha presenciado usted alguna importante cogida?

Antes que él, contesta esta pregunta uno de los aficionados de la tertulia, asegurán-



A K-Hito, en la Plaza, se le seca la boca como si fuera él el que estuviera ante las reses. No hay más diferencia sino que los toreros arrojan el líquido y K-Hito lo ingiere



donos que don Ricardo ha visto muchas cogidas importantes en su vida. Pero don Ricardo —no lo tome usted a mal, señor aficionado— no ha visto ninguna demasiado importante, cosa que parece decepcionar un poquito a su entusiasta contertulio, quien cree imposible que un asiduo espectador de toros no haya sido testigo de las más sonadas cogidas, por lo menos.

—Presencé la del picador Veneno, la de Félix Almagro y la de Pascual Márquez, en Madrid.

—¿Y algún fracaso o escándalo?

—No; solamente alguna de las malas tardes del Gallo.

—¿Qué piensa usted de los principiantes?

—Tienen que pasar una verdadera odisea antes de triunfar. Esto ha ocurrido siempre. Creo que se les debe alentar y empujar; por lo menos facilitarles la ocasión de que demuestren ante el público sus aptitudes.

—¿Qué opina usted de los técnicos en tauromaquia?

—Estos no son los aficionados que más confianza me inspiran. La crítica es siempre fría.

—El verdadero aficionado —comenta uno de la peña— es el que, cuando se presenta ocasión, no tiene inconveniente en ponerse delante de un toro, como ha hecho muchas veces don Ricardo.

—¡Estupendo! Por último, quiero que me diga, ¿dónde prefiere usted las corridas, en Madrid o en provincias?

—En provincias. Siempre constituye un acontecimiento y la gente ese día no habla más que de la corrida, ni comenta, más tarde, otra cosa que la corrida... Mientras que en Madrid, se va a los toros como se va a la oficina.

Nuestra entrevista acaba. Y nos vamos, porque estos señores estarán deseando quedarse solos para hablar un ratito de toros.

PILAR YVARS



# Gestos, rasgos, anécdotas y hazañas de las grandes figuras de la tauromaquia



Villalta

que los espectadores coreaban con entusiasmo, y otras no pasaban de una preparación, sin nada saliente, para la suerte definitiva. ¡Ah! Pero en este momento se les esperaba, y no defraudaban casi nunca. Todavía, en tiempos cercanos, obtenían sus resonantes éxitos, al matar, Luis Freg, Fortuna, Martín Agüero, Villalta. El estoquero es algo casi extinguido. Y nos conformamos con que el acero prenda con un poco de habilidad, con que la suerte se ejecute de prisa, para salir del paso, porque lo que gusta y se premia son los pises, y dentro de esta faceta, más que la adecuación de lo que se ejecuta a lo que el toro requiere, el estilismo, la actitud, un sentido puramente plástico del toreo. Comprendo —soy el primero en entusiasmarme con ello— que es muy bello como espectáculo el que haya una plasmación de dominio y de arte en el ejercicio de llevar al toro embebido en el engaño. Pero todos los cornúpetas no son iguales, y tiene mucho más mérito, aunque actualmente se desdeñe, sujetar y mandar a un

olvida muchas cosas: «Mátalo, mátalo...». Si esta condonación del deber de lidiar —a cada toro, con arreglo a sus condiciones— tuviese la contrapartida de una estocada con ejecución impecable, cabría disculpar el alivio. Pero no es así. Se trata de aconsejar y permitir —lo que es más grave— que se acabe como sea. En espera de que salga un bicho «de carril», que se deje hacer todas las floreadas y maravillas, puro estetismo, que integran el toreo «a la

Me refería, al comenzar esta glosa, a la posibilidad —mañana no habrá— de referir anécdotas. No hay toreros de los que dejaron un nombre afamado, que no tengamos en su vida, en la profesional, en los ruedos, y hasta en la privada, como ciudadanos, los episodios que revelan un hombre. En ocasiones es la reacción gallarda ante la injusticia de un público, como ese caso de Curro Guillén, cuando le invitaba un detractor a matar recibiendo un toro. Y le costó la vida. Otras veces eran arranques de generosidad, típicos en aquellos artistas que ponían por delante la afición a todo espíritu de lucro. No solían ahorrar ni hacerse ricos. Y los que llegaban a serlo, a fuerza de años y de cornadas, constituían excepción. Ahora, sin gestos ni nada que pueda contarse como extraordinario, se busca la fortuna rápida. Cobrar mucho —no se quieren dar cuenta de que el encarecimiento de la fiesta acabará con ella— y salir del paso. Un par de tardes triunfales justifican una temporada. Se lidia, buscando lo espectacular. Se mata de cualquier modo. Y la política taurina, la de entre bastidores, tiene unos caracteres y una intensidad que no tenía antiguamente, cuando los empresarios eran buscados en lugar de andar a la búsqueda, y tenían una autoridad que hoy no tienen.

Todo ha cambiado. La tauromaquia, por dentro. Los estilos, en los ruedos. El concepto de lo que es un «matador» de toros, un «espada». El tamaño de los toros. La psicología de los públicos. Y el precio —pay— de las localidades. Y en esa frecuencia emotiva con que se pueden referir anécdotas y sucesos originales de las grandes figuras del pasado —lo que no ocurrirá con las que ahora ocupan los puestos cimeros de las escalas y la fama, porque en su uniformidad, todos iguales, está la triste evidencia de que no dejaron nada que contar y comentar— está el síntoma de su grandeza, de la categoría que tuvieron. En fin, de que no pasaron sin pena ni gloria por el toreo.

FRANCISCO CASARES

Si incurrir en la puerilidad de creer que cualquier tiempo pasado, por ese solo hecho, ha de ser mejor, la sucesión de recuerdos y lecturas que nos hacen pensar en lo que fueron los lidiadores de antes, frente a la ausencia de rasgos y anecdotario de los contemporáneos, es como para dar la razón a que lo pretérito tuvo otra calidad. Por lo menos, en la acotación del toreo. En estas mismas páginas hallamos a veces la evocación. El libro de Natalio Rivas y otros, biográficos o de estampas, episodios de la fiesta y de sus gentes, sirven para dar, en justicia, un carácter legendario a las que fueron relevantes figuras. «Cuando el Guerra hizo aquéllo...» «El gesto de Lagartijo, en aquella ocasión...». Nombres ligados a hazañas. La primera, naturalmente, la de salir a entenderse con toros de seis y siete años. Podrá argüirse: «es que entonces no se toreaba como ahora». Es verdad. Se han producido cambios sensacionales. Se pisa un terreno distinto. Pero, ¿cómo se mataba y cómo se mata? Estamos tan exageradamente sujetos, en admiración y apasionamientos, a un solo aspecto de la lidia —la faena de muleta— que se olvida lo demás. Y en lo demás hay muchas cosas fundamentales.

Hasta hace poco —no muchos años— la estocada tenía, para los públicos, un valor e importancia supremos. Ha habido matadores —¿por qué se llaman así y no simplemente toreros? ¿Por qué se les dice espadas y no lidiadores?— que tenían un modo vulgar de manejar la capa y la muleta. Unas veces acertaban por su conocimiento de los toros, a cuajar faenas brillantes.



Lagartijo después de su retirada

manso que aprovechar, graciosa y diestramente, a un bicho noble y sin complicaciones. Hemos llegado a un grado tal de sensibilidad y facilidad para las concesiones que, ante un morlaco de esos que tiran cornadas y reculan y huyen, ante una res que presenta dificultades de lidia, se le grita al torero, en una solidaridad que



Fortuna

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

# POR ESPAÑA Y PORTUGAL

## DON MIGUEL PRIETO VIVERO FALLECIO VICTIMA DE UN ACCIDENTE Han terminado las corridas de Feria de Bilbao y las de abono de San Sebastián SE PRESENTO EN MADRID EL NOVILLERO BELMONTEÑO



Belmonteño

En Alcalá de Henares. Primera novillada de Feria. Reses de Calderón. Pepe Anastasio, valiente. Vito, ovación y ovación. Belmonteño, aplausos. Vizéu, bien.

En Castro Urdiales. Festival. Novillos de Sánchez. Alvaro Domecq, orejas y rabo. Andaluz, orejas y rabo. Gitanillo de Triana, orejas y rabo. Calesero, oreja.

El domingo, día 25. Sexta de Feria en Bilbao. Un novillo de Soto y seis toros de Guardiola. Alvaro Domecq cortó dos orejas. Arnillita, pitos y bronca. Pepe Luis, ovación en los dos. Andaluz, dos orejas en uno y vuelta en otro.

En San Sebastián. Toros de Sánchez Fabrés. Conchita Cintrón, vuelta al ruedo. Gitanillo de Triana, oreja y vuelta. Fermín Rivera, oreja y aplausos. Rovira, vuelta y aplausos.

En Barcelona. Cinco toros de Félix Moreno, dos de Clairac y uno de Mariano Fernández. Curro Caro, aplausos. Cañitas, dos orejas en uno y vuelta en otro. Briones, vuelta y aplausos. Choni, vuelta y aplausos.

En el Puerto de Santa María. Toros de Buendía. A tres se les dió la vuelta al ruedo. Arruza, orejas y rabo en los dos. Morenito de Talavera, oreja en uno y vuelta en otro. Parrita, orejas y rabo en los dos. Los tres matadores salieron en hombros.

En Sabote. Toros de Francisco Marín. Pepe Bienvenida, oreja en uno y dos orejas y rabo en otro. Gallito, regular y mal.

En Colmenar Viejo. Toros de Ortega. Lorente, ovación en uno y dos orejas en otro. Mata, regular y aplausos.

En Orihuela. Toros de

El jueves, día 22, se celebró en Bilbao la cuarta de Feria con toros de Pablo Romero. Conchita Cintrón, dos orejas. Pepe Luis Vázquez cumplió. Andaluz, ovación y oreja en uno y regular en otro. Luis Miguel Dominguín, regular.

En San Sebastián. Toros de Santa Coloma. Belmonte, bien y mal. Arruza, oreja en los dos. Parrita, ovación y oreja en uno y ovación en otro.

En Madrid. Cinco novillos de Santos y uno de Escudero. Fuentes fué cogido por el primero y, conmocionado, no pudo proseguir la lidia. Antonio Caro y Manuel González cumplieron.

El viernes, día 23, se celebró la quinta de Feria en Bilbao. Toros de Alipio Pérez Tabernero. Arnillita, palmas y silencio. Pepín Martín Vázquez, pitos y pitos. Rovira, dos orejas y rabo en uno y ovación y vuelta en otro.

El sábado, día 24, se celebró la primera de Feria de Almagro con un novillo de Silverio Fernández para Conchita Cintrón y seis toros de Humberto Sánchez Tabernero en lidia ordinaria. Conchita cortó la oreja. Pepe Luis Vázquez, pitos y aplausos. Luis Miguel Dominguín, dos orejas en uno y dos orejas, rabo y pata en otro. Pepín, bien y ovación.

Celso del Castillo para los hermanos Dominguín. Domingo, oreja y ovación. Pepe, orejas y rabo y ovación. Luis Miguel, orejas y rabo y oreja.

En Madrid. Cinco novillos de Eugenio Marín y uno de Escudero. Gabriel Pericás, regular y vuelta. El mejicano Mora, bien. Belmonteño, bien.

En Nerva. Novillos de Lancha. Manolo González, orejas y rabo en los dos. Chaparreja, ovación en uno y dos orejas y rabo en otro.

En Almagro. Novillos de Ceballos. Rafael Vázquez, regular y regular. Paco Muñoz, vuelta y mal. Pablo Lalanda, oreja en uno y dos orejas y rabo en otro.

En Almería. Novillos de Sáiz. Juan Luis de la Rosa, palmas y oreja. Posadero, mal y regular.

En Tarazona. Novillos de Garrido. Gallito chico, mal y bien. Morenito de Talavera chico, oreja y aplausos.

En Noya. Novillos de Zaballos. Beatriz Santullano, vuelta. Manolo Serrano, ovación en uno y oreja en otro.

En Astorga. Novillos de Molero. Pepe Anastasio, Pedrucho de Canarias y Gumer Galván cumplieron.

En Alcalá de Henares. Novillos de Natera. Manolo Navarro, vuelta y regular. Vito, palmas y regular. Chaves Flores, palmas y silencio.

En Orgaz. Novillos de Arroyo. Luis Redondo, regular y orejas y rabo. Eleuterio Fauró, valiente.

En San Bartolomé de Pinares. Novillos de García. Pedro Mesas, Estudiante, cortó cuatro orejas, dos rabos y una pata y fué sacado en hombros.

En Valencia de Alcántara. Novillos del marqués de Tolosa. Emilio Escudero y Pepe Luis Dorado cortaron orejas y rabos.

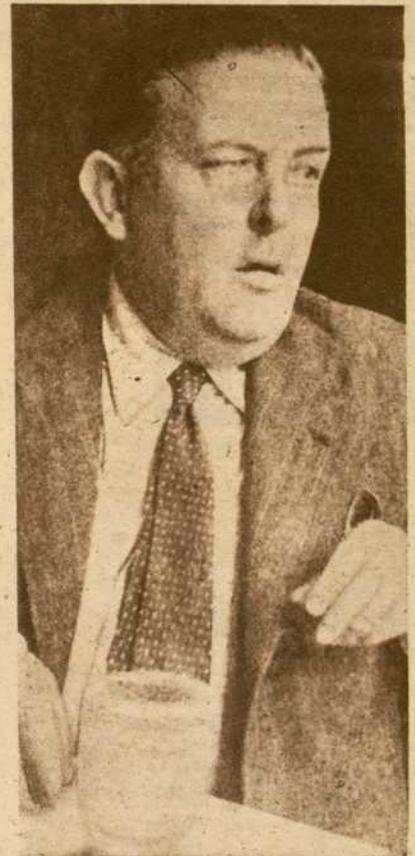
En Figueira da Foz (Portugal). Toros de Palha. Los rejoneadores Nunció y Murteira fueron aplaudidos. Los mejicanos Paco Borrás y Ricardo Torres también oyeron aplausos.

En Alenquer (Portugal). Toros de Bora. Simao da Veiga, muy bien. José Casimiro, bien. Los novilleros portugueses Augusto Gomes y Manuel dos Santos, aplaudidos.

En Ceuta. Novillos de Gallardo. Vicente Gómez, bien y oreja. Fandilla, muy bien y orejas y rabo. Rondeño, muy bien y orejas y rabo.

En Morella. Novillos de Arjol. Bernardo Galindo, orejas y vuelta. Manolo Navarro, El Chaval, orejas y vuelta.

El lunes, día 26, cuando dirigía las operaciones de embarque de toros



Miguel Prieto

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

en la estación de Villaverde, fué aprisionado por los topes de dos vagones don Miguel Prieto Vivero, popularísimo hombre de negocios taurinos. Fué trasladado a Madrid en gravísimo estado y falleció, durante las primeras horas de la tarde, en la sucursal de la Casa de Socorro de la Latina. Descanse en paz.—B. B.

# BLENOCOL

Protege al hombre

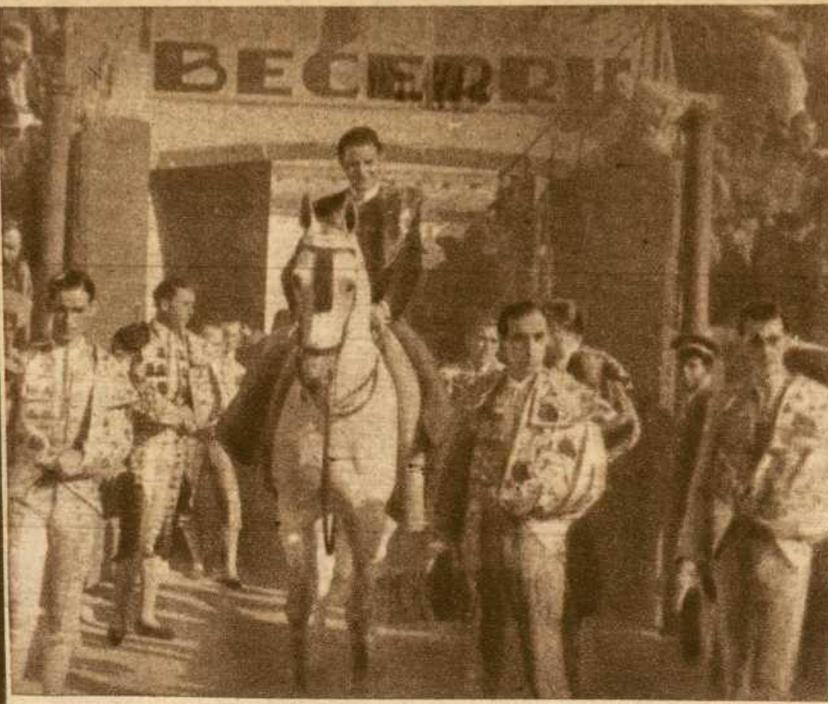
BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



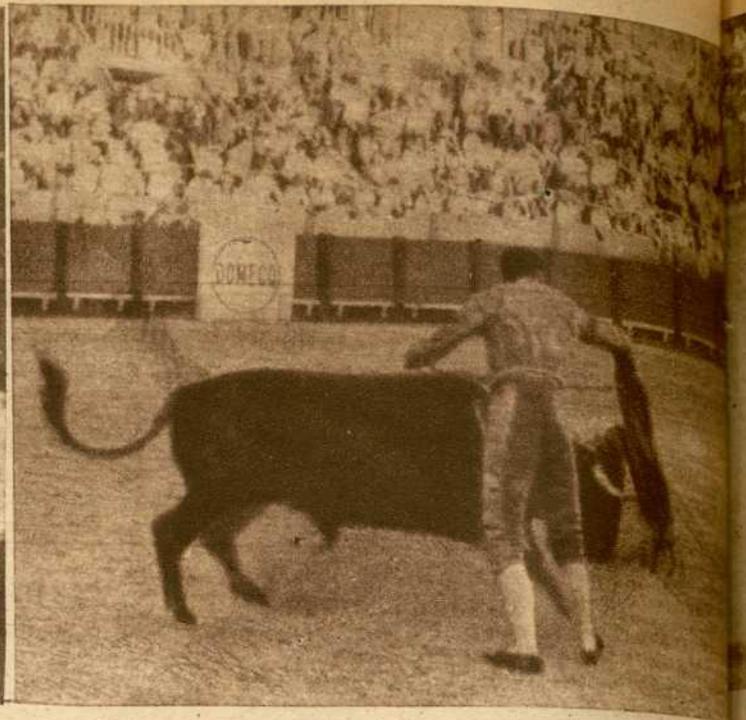
PRIMERA DE  
FERIA EN  
ALCALA

Novillos de  
CALDERON

Pepe  
Anastasio,  
Vito,  
Belmonteño  
Y  
Diamantino  
Vizéu



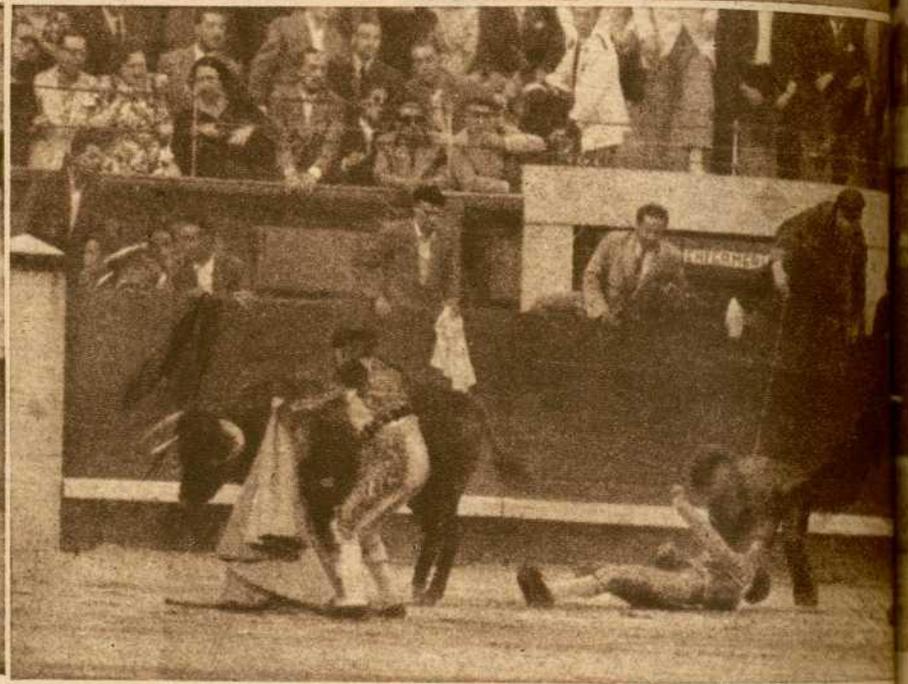
Las cuadrillas y Pepe Anastasio preparados para el paseo



Vito torea con la mano derecha a su novillo



De izquierda a derecha: Manolo González, Ramón Arasa y Antonio Caro

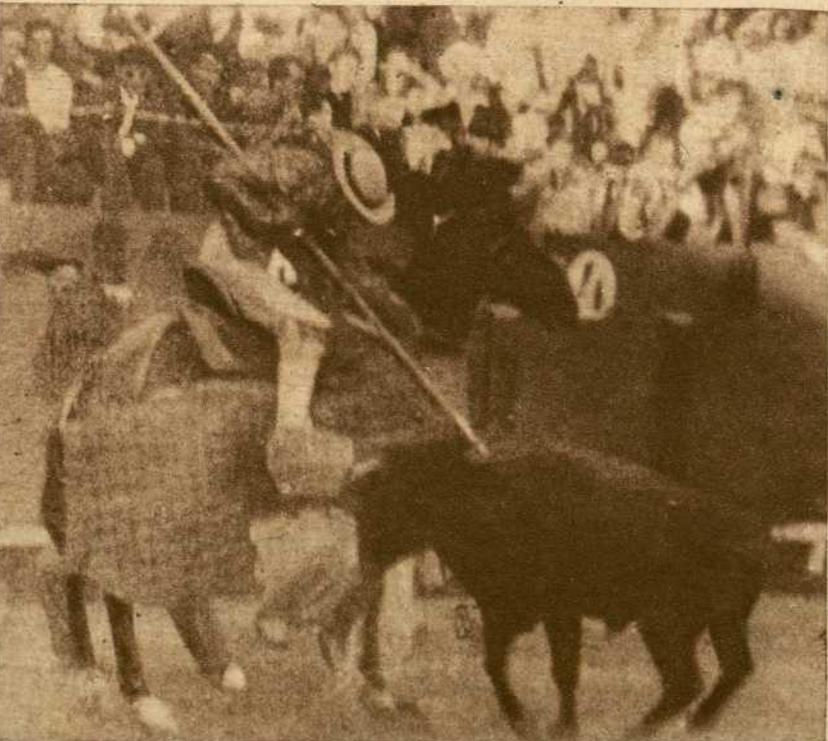


Ramón Arasa es recogido del suelo, conmocionado y con un puntazo

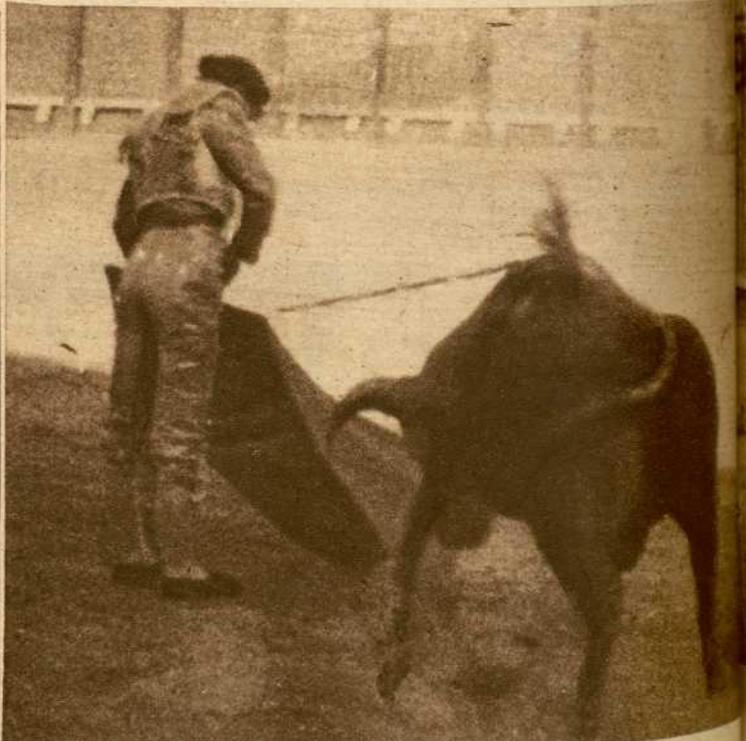
SEGUNDA DE  
FERIA EN  
ALCALA

Novillos de  
NATERA

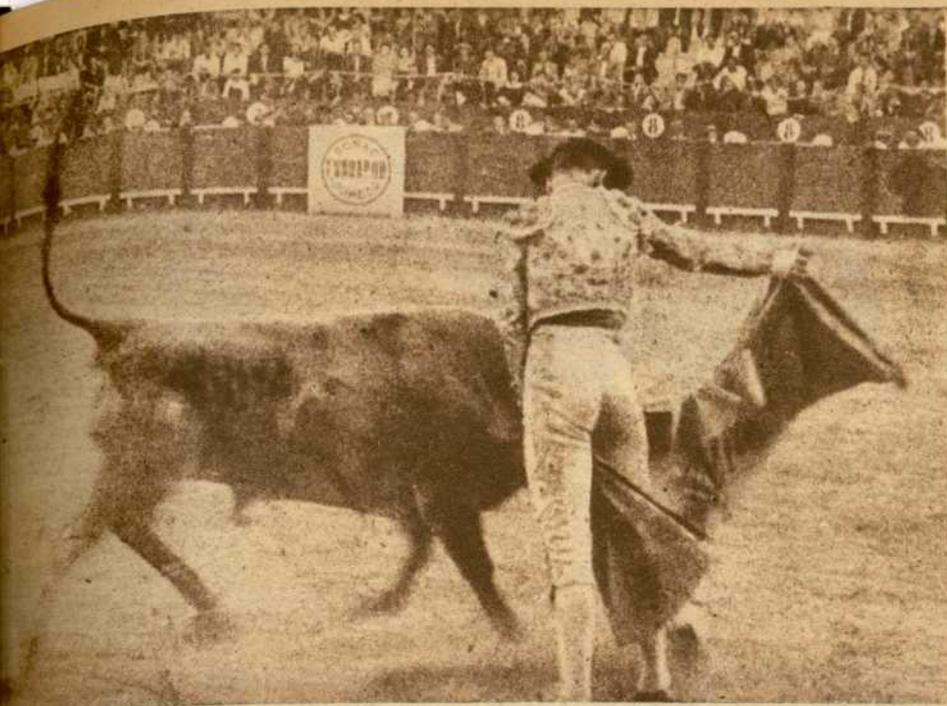
Navarro,  
Vito  
Y  
Chaves  
Flores



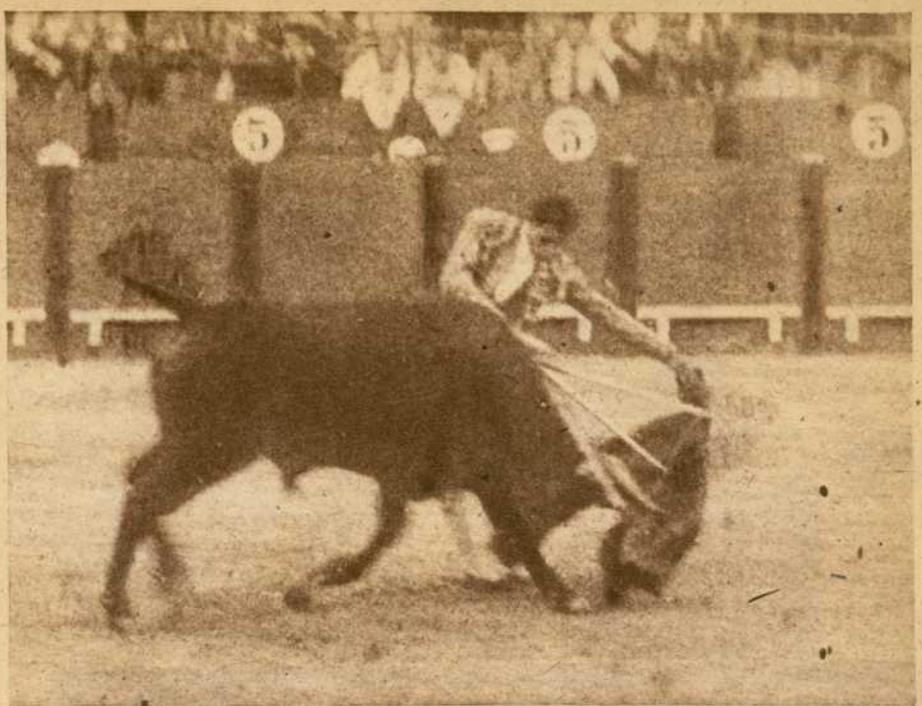
Salltas les pegó bien a los de Natera



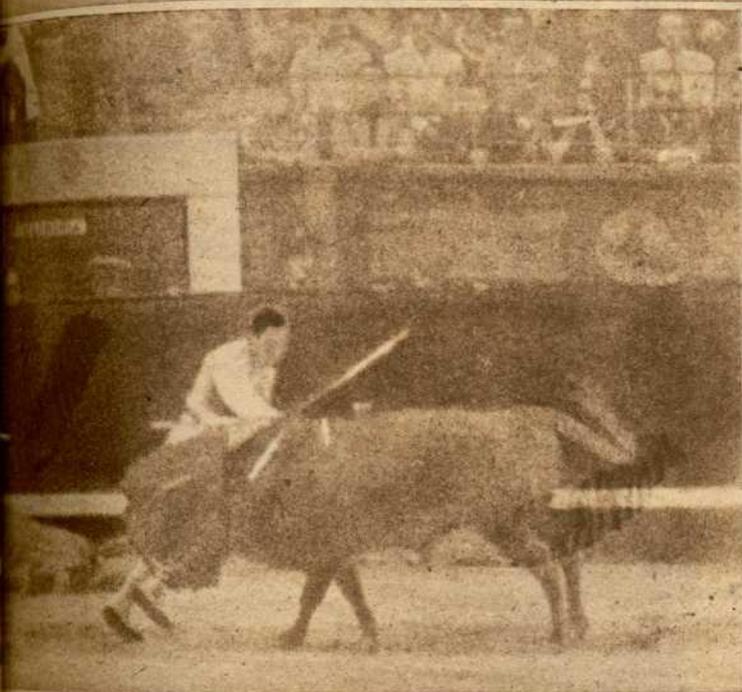
Navarro en la faena de muleta a su primero



Una verónica de Belmonteño



Vizéu toreando al natural



Antonio Caro en la suerte suprema



Manolo González en un derechazo (Fots. Zarkhijo)

EL JUEVES,  
EN MADRID  
Reses de  
AMADOR SANTOS  
**Ramón  
Arasa,  
Antonio  
Caro**  
Y  
**Manolo  
González**



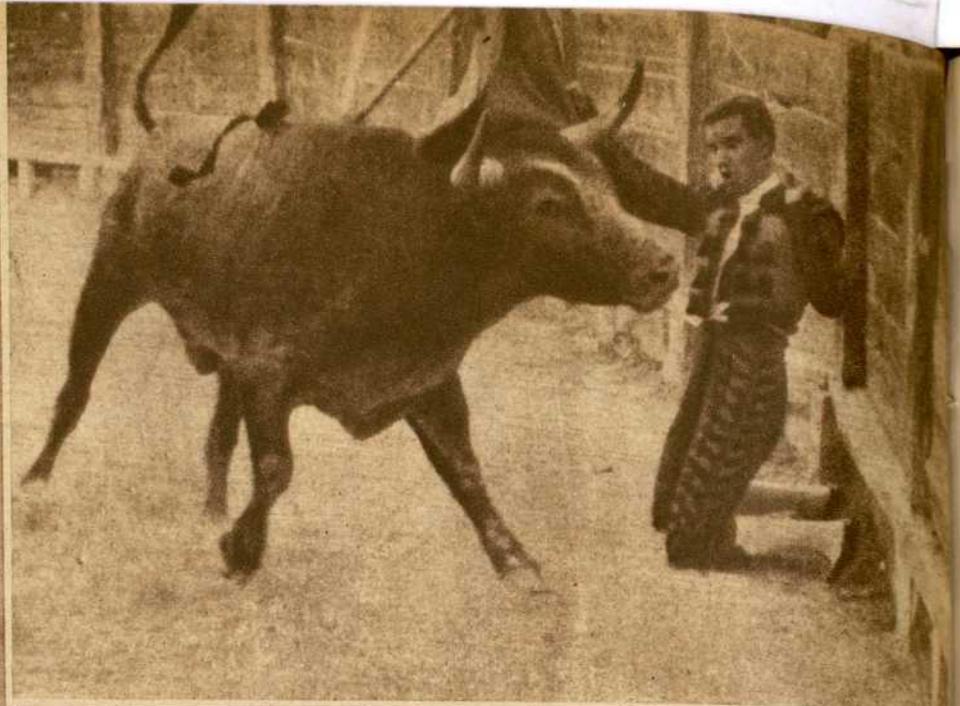
Chaves Flores torea por bajo a su primero



Una verónica de Vito al segundo novillo (Fots. Mari)



Los hermanos Dominguín se disponen a hacer el paseo

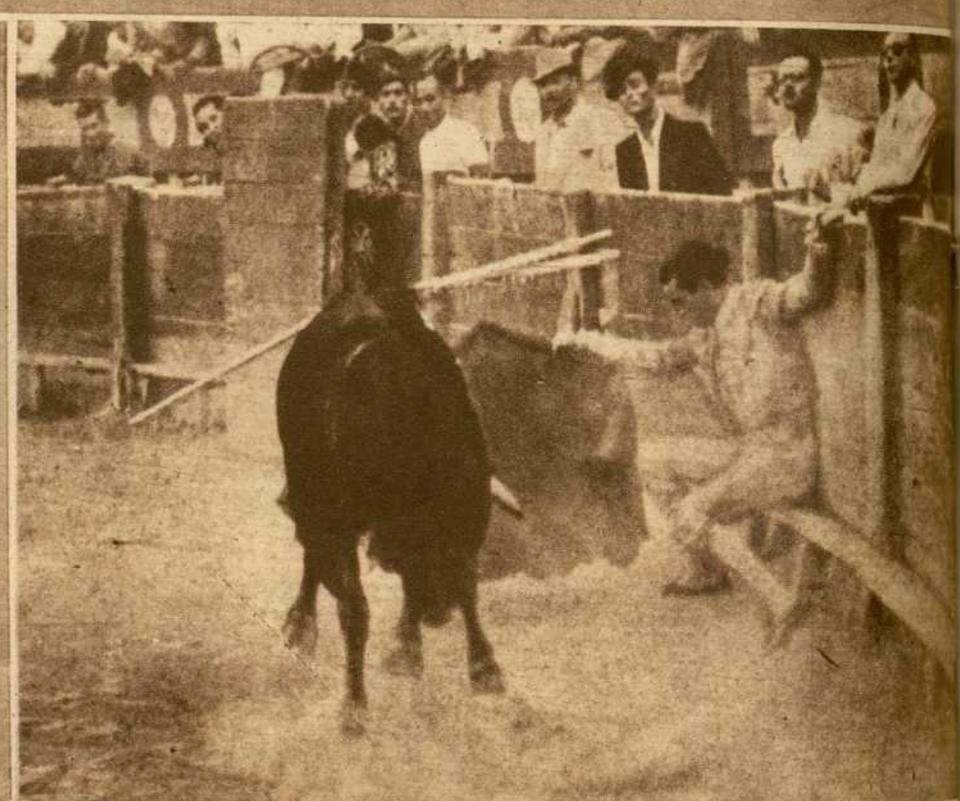


Domingo inicia su faena con un muletazo de rodillas

# La corrida de toros de Orihuela — Reses de don Celso del Castillo Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín



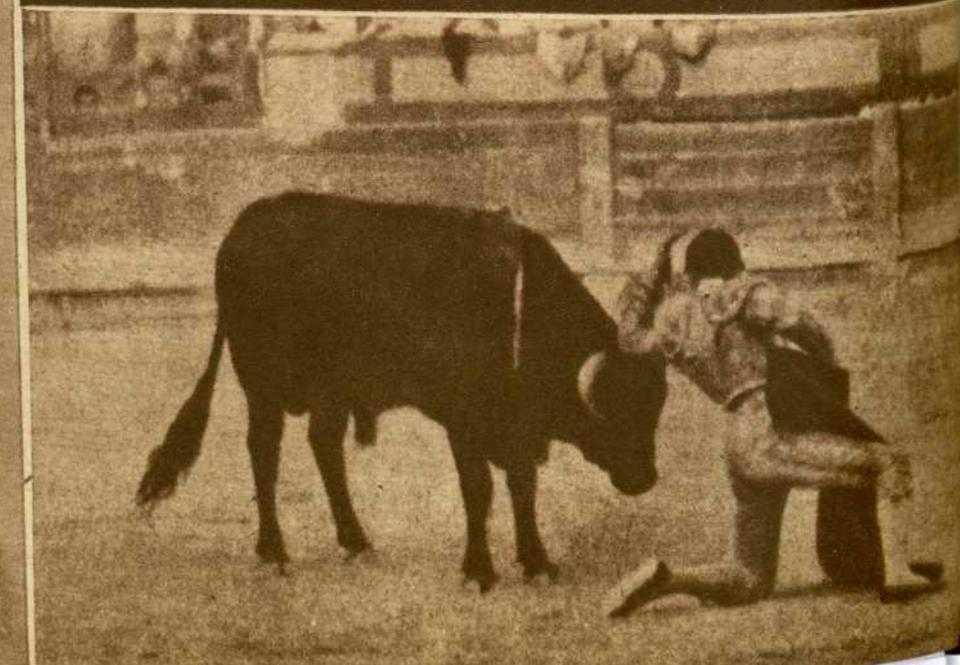
El mayor de los Dominguín juega con el toro para banderillearlo



Pepe torea sentado en el estribo a su primero



Luis Miguel torea a su primero para fijarlo

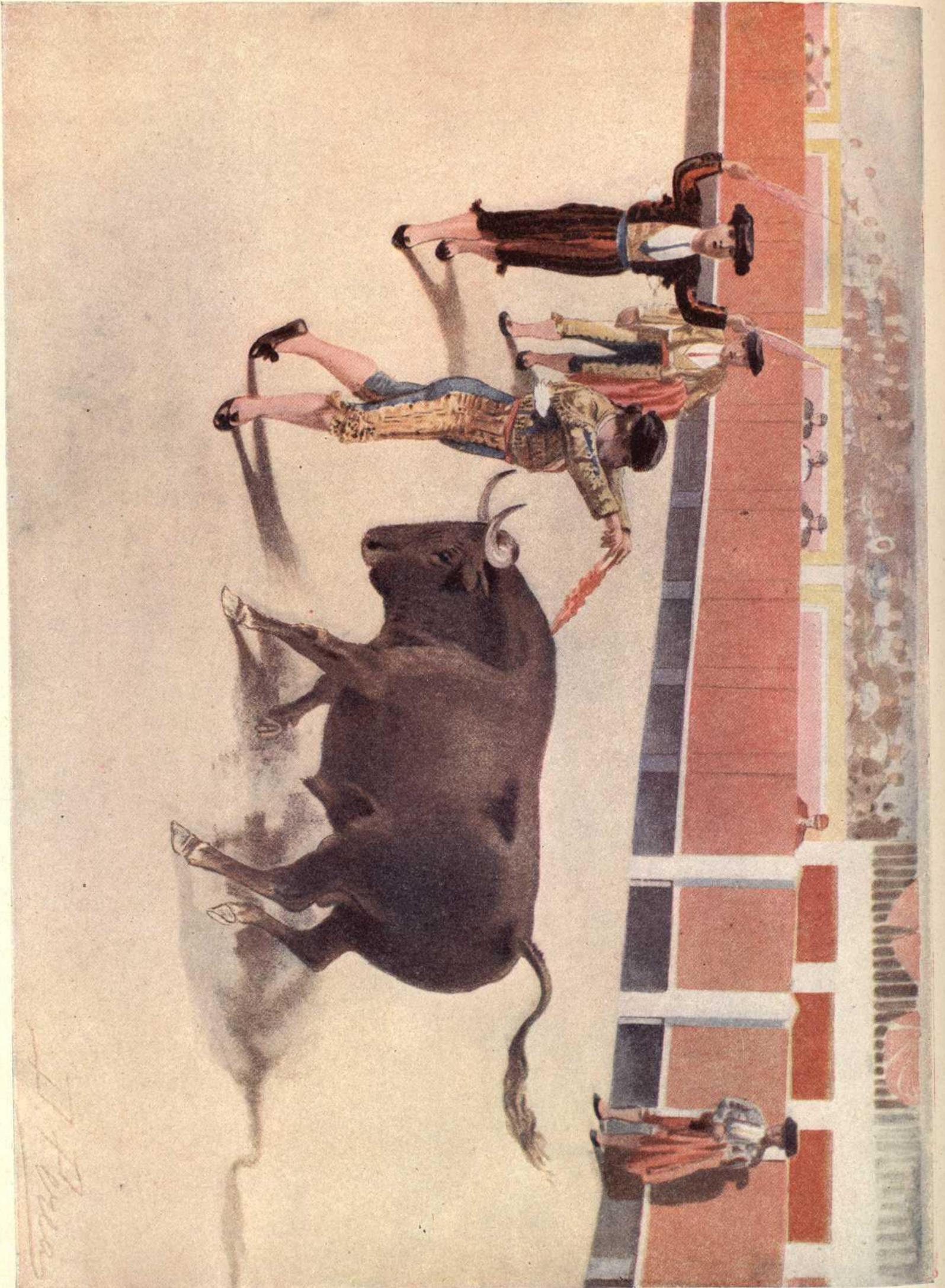


Un adorno de Luis Miguel en su segundo toro

(Fots. López)



Un puyazo en todo lo alto



Banderillear al cuarteo  
(Dibujo de Perea)